

Interpretación históricosocial de la presencia de los salesianos en Morona Santiago

*Galo Sarmiento Arévalo**

1. Introducción

“Felices se miraron unos a otros, llenos de dicha,
cuando les contamos que habíamos llegado para ocuparnos de ellos”
(Jacinto Pancheri).¹

Fue una tarde del sábado 14 de octubre de 1893 cuando los salesianos pusieron sus pies por primera vez en Gualaquiza, territorio del nuevo vicariato confiado a su congregación. Fueron recibidos con muestras de afecto y entusiasmo por colonos y nativos que esperaban ansiosos su venida. Nadie imaginó que este hecho marcaría el inicio de una gran obra que hoy se extiende por todos los confines de la provincia de Morona Santiago.

Como toda empresa que comienza, no estuvo exenta de problemas: el sectarismo político fraguado desde las altas esferas del poder en los primeros tiempos, el abandono, la soledad, los peligros de una floresta ignota, la resistencia histórica

* Exalumno salesiano. Maestro en establecimientos fiscomisionales por más de treinta años; actualmente es docente en el Instituto Shuar de Bomboiza, investigador, escritor y conferenciante. Conoce muy de cerca la historia de los salesianos en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Ha ocupado diversas funciones en la provincia de Morona Santiago y es autor de importantes trabajos para universidades y organismos de desarrollo.

1 Se lo cita también como Pankeri; fue un salesiano laico que acompañó a los misioneros de los primeros tiempos, realizó diversos trabajos en los más variados campos: geográficos, históricos, arqueológicos, de ingeniería. Su fama y su trabajo es reconocido no solo en el vicariato sino en toda la República del Ecuador. Junto con el padre Joaquín Spinelli fue de los primeros en visitar el territorio del vicariato confiado a los salesianos.

del nativo a la presencia de extraños en su territorio y hasta algunas presiones de intereses creados. Luego de varios años de expectativas, pudo por fin consolidarse su obra. Contó para ello con hombres de carácter que no se amedrentaban ante la adversidad, que no se detienen. Sus pies recorren senderos y caminos sembrando a su paso amor, esperanza, progreso y desarrollo. Con infatigable empeño se fundan las misiones a lo largo y ancho del vicariato, las que en poco tiempo florecen a plenitud, y a su lado se forjan los pequeños pueblos. La *misión* es el árbol a cuya sombra se cobijan colonos y nativos, que en difíciles condiciones guardan la soberanía de la patria, en medio de una selva misteriosa y olvidada.

Al mirar retrospectivamente el camino recorrido por los salesianos en el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, no podemos dejar de admirar su grandeza de espíritu, su entrega generosa y total a la obra encomendada. A fin de evitar nuevas frustraciones, en este accionar de años no faltaron los errores y desaciertos inherentes a su condición humana, que no desmerecen para nada el trabajo desarrollado.

En el presente estudio se hace un análisis de lo que ha significado la presencia salesiana en Morona Santiago, no solo desde el punto de vista religioso, sino también desde la perspectiva de la promoción humana y del desarrollo. Roles que asumieron con mucha entereza, sorteando múltiples problemas para alcanzar los logros que ahora se interpretan al tenor de los contextos históricos y sociales que vivieron en más de un siglo de presencia en esta provincia (territorio confiado plenamente a los salesianos del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza).

1.1 El escenario, su historia y los actores

Al este de los Andes está la barbarie, pueblos numerosísimos embrutecidos y feroces que yacen todavía en las tinieblas y sombras de la muerte a pesar de los esfuerzos indecibles, hecho por innumerables misioneros entre los que sobresalen los hijos de San Francisco, los primeros evangelizadores del Ecuador y de América (Bottasso, comp., 1993, t. I: 10).

Al iniciar nuestro estudio y con el fin de valorar la obra desplegada por la Misión Salesiana en Morona Santiago, creo necesario analizar algunos momentos de la historia misional de nuestra Amazonía en los diferentes espacios de su geografía, y examinar al tenor de los sucesos la labor desplegada por otras congregaciones, antes de su llegada al Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza.

El escenario en el que se desarrolla una de las obras mayores de la evangelización de América está en la región de los temidos “jíbaros”, conglomerado humano que por decenas de años había cerrado sus fronteras luego de la destrucción de Logroño; había temor y la región quedó ignorada. Los actores: misioneros, gober-

nantes y colonos que buscaron recuperar este espacio para la patria. Los hijos de Don Bosco escribieron la historia con grandes sacrificios, gracias a cuyo esfuerzo cimentaron su prosperidad y desarrollo.

Al momento de la Independencia, la región amazónica pasó desapercibida para los gestores de nuestra emancipación. En 1824 se dictó por primera vez la división territorial de la Gran Colombia. La Real Audiencia de Quito estaba conformada por tres departamentos, uno de ellos el de Cuenca, constituido por las provincias del Azuay, Jaén y Mainas. En esta última se encontraba la jurisdicción de Gualaquiza, la que forjó su nombre gracias a la obsesión de los habitantes de Cuenca por descubrir la ciudad perdida de Logroño, espacio que tantas ilusiones creó en sus habitantes por esconder supuestas riquezas y cuyas aventuras terminaron en la expedición del padre José Prieto, quien dijo haberla descubierto a dos leguas de Gualaquiza, naciente población fundada por él con la idea de convertirla en un centro misional, lastimosamente de corta existencia (Costales, 1977: 67-73).



La familia del capo Ramón Fua.

Fotografía 1

Familia shuar. Misión de Gualaquiza-Morona Santiago, (cerca de 1898)

Al norte del vicariato confiado a los salesianos estaba Macas, recuerdo de la primitiva Sevilla de Oro, floreciente ciudad aurífera que a mediados del siglo

XVI fue reducida a escombros por acción de los nativos. “Del esplendor del oro y la fábula legendaria de la ciudad Sevilla de Oro se pasó al pavoroso olvido de la región central del Oriente ecuatoriano. Las pocas familias de colonos junto a la población nativa trataban de sobrevivir en una aldea aislada y detenida en el tiempo denominada Macas, a la orilla derecha del río Upano, dedicadas a las actividades agrícolas de subsistencia” (Achig y Lamdívar, 1987: 49).

Se puede inferir que en esa época a la gente de Macas lo único que le preocupaba era su supervivencia, lo cual les obligó a un proceso de acercamiento con los shuar y a mantener buenas relaciones con ellos. “Aunque este acercamiento fue generando paulatinamente relaciones de dominación y de explotación de los colonos hacia la población jíbara” (Costales, 1977).

Esta explotación, sin embargo, no fue de las mismas características que en la Sierra, ya que no se generalizó un latifundismo a gran escala que requería mano de obra abundante, y cuando eventualmente se dio, como en algunas haciendas de Gualaquiza (de corta existencia), se utilizó a los indios serranos como mano de obra.

Durante la Colonia las misiones, cumpliendo los deseos de la Corona, se propusieron evangelizar las tribus orientales, pero detrás de esos buenos deseos se escondían los propósitos de adueñarse de sus riquezas y de sus territorios. Esta innegable realidad nos explica el hecho de que “durante más de tres siglos hayan fracasado las misiones católicas emprendidas, primero por los dominicos, luego las Diócesis de Quito y de Cuenca con el clero secular, los jesuitas, los franciscanos y hasta bien entrado el siglo XX también los salesianos” (Brito, 1938: 323).

En 1851 el obispo de Cuenca, fray José Manuel Plaza, se traslada personalmente a Gualaquiza trayendo algunos colonos (la idea siempre fue la colonización), pero una súbita enfermedad debido a su avanzada edad puso fin a su audaz empresa. La región empieza a ser ambicionada pese a los peligros; para esa época ya el “temido shuar” mantiene contactos con los colonos, quienes recorren la zona en busca de sus riquezas.

La crisis que se vive en el Azuay obliga a sus habitantes a buscar nuevas alternativas y al otro lado de la cordillera andina las perspectivas son halagadoras. No olvidemos que en las faldas de la cordillera se encuentra la cascarilla de igual calidad a la de Loja, según nos cuenta Soledad Castro en su *Estudio sobre los Yahuar-songos y Pacamoros* (Castro, 2002).

El 29 de mayo de 1861, al expedirse la Nueva Ley de División Territorial (con la existencia de catorce provincias en el Ecuador), a la provincia del Azuay se le asigna cinco cantones, a saber: Cuenca, Azogues, Gualaceo, Paute y Gualaquiza, esta última con las parroquias de Gualaquiza, Sígsig y el Rosario. Su cabecera cantonal era Gualaquiza, aunque en realidad Gualaquiza no existía como tal, salvo

unas cuantas haciendas. Para su cantonización influyó mucho la presencia de don Manuel Vega Dávila, gobernador de Cuenca durante la Presidencia de García Moreno y hermano de don Antonio, un hacendado de Gualaquiza. La influencia política de los azuayos y notables grupos de poder fue fundamental para adquirir la categoría de cantón, lo cual le permitió contar con rentas para el mejoramiento del camino de herradura Sígsig-Gualaquiza, que facilita el aprovechamiento de su producción y de sus recursos.

No se debe olvidar que Antonio Vega Dávila fue uno de los hacendados más influyentes de Gualaquiza y su primer jefe político:

El señor Antonio Vega Dávila trabajó mucho en mejorar la vía, fue el más laborioso, entusiasta y constante de aquellos propietarios, y el que impide de alguna manera con su laudable firmeza el total abandono de la colonia. El feudo de este caballero es el mejor y más bien cultivado de todos (...) Enérgico en algunas ocasiones, blando y complaciente en otras, ha llegado a granjearse la simpatía de los bárbaros que le aman y lo respetan (Cordero, 1875).

En 1864, por presiones de sus autoridades, la sede cantonal de Gualaquiza se traslada al Sígsig; sin embargo, nuevos hacendados se ubican a lo largo del camino. Se da cuenta de no menos de una docena de haciendas de importantes e influyentes familias azuayas, una de ellas llamada “La Libertad”, que perteneció al expresidente Luis Cordero Crespo. Era necesario encontrar una forma de protegerlos, ya que el shuar se constituía en una amenaza. Para ello, en 1870 se funda la Misión Jesuita en Gualaquiza, desgraciadamente sin ninguna trascendencia pues antes de cumplir los dos años debió retirarse porque no se veía ningún resultado.

Examinemos ahora la situación política de la República en los años previos a la llegada de los salesianos. En la época de García Moreno se alentó la presencia misionera en el Oriente y muchas compañías como la Jesuita pudieron establecerse en la región. La situación cambió radicalmente luego de su muerte debido a que en el gobierno del general Ignacio de Veintemilla se promulga la novena Constitución ecuatoriana con ribetes liberales; trata de un desgobierno con despilfarro de los bienes públicos, lo cual alienta para que en la década de los 1880 se haga presente el general Eloy Alfaro luchando en la Costa con un ejército aguerrido pero sin mayor éxito. En 1883 Alfaro regresó a su patria luego del exilio, para derrotar al ejército de Veintemilla aliándose estratégicamente con los conservadores y dando inicio a una época que se conoce en la historia como la “restauración”. Alfaro cede el espacio político a los conservadores y llega al poder José María Plácido Caamaño.

El Gobierno de Plácido Caamaño es un desastre y comienza el movimiento de la montonera alfarista; la patria se convulsiona y hay muertos y asesinados por

todos lados. “La burda imitación del cadalso garciano estaba en toda su esplendorosa dimensión”.²

En 1888 asume el poder Antonio Flores Jijón –un gobierno de paz, preocupado por la educación y la cultura– con ánimos de ser un mediador entre conservadores y liberales; termina su mandato y entrega el poder al doctor Luis Cordero Crespo, cuyo episodio de la “Venta de la bandera” fue el detonante para el triunfo de la Revolución Liberal en 1895, que lejos de traer paz a la República, sirvió para que en todas partes haya convulsiones y revueltas en contra del Gobierno.

En este ambiente hostil y convulsionado en el que vivía la patria y en una región en la que en el imaginario colectivo no había más que indios feroces que vivían en una inhóspita selva, llena de peligros y amenazas, los salesianos se apresuran a iniciar una de las obras misioneras más relevantes en la historia de América.

2. Fracasos, frustraciones y esperanzas

Los primeros contactos de evangelización de la región oriental se impulsaron desde la Iglesia quiteña. El 8 de enero de 1545: “Paulo III por medio de la Bula *Super Espectula Militantes Ecclesiae* constituyó el Obispado de Quito a instancias del Rey Carlos V”.³ A partir de entonces los dominicos, que son los primeros en “entrar en las selvas amazónicas”, según el citado historiador, trabajan en las gobernaciones de Quijos, Huamboya y Macas, erigidas en el año de 1551. Según algunos historiadores, los dominicos crean un convento en Logroño, ciudad famosa por sus riquezas auríferas, pero la rebelión shuar de 1599 pone fin a una etapa de florecimiento en la evangelización de las tribus amazónicas.

Esta labor, sin embargo, fue continuada por los padres jesuitas que arribaron a Quito en 1586 con la finalidad de dar instrucción a la juventud de la Audiencia, pero también de evangelizar a los pueblos indígenas. En 1599 el padre Rafael Ferrer S. J., “previa autorización del cuarto obispo de Quito López de Solís, se adentra en el Oriente por la parte de Quijos y la ciudad de Baeza, surcando el Amazonas y sus cabeceras; se dice que este celoso misionero llegó a evangelizar también en Sevilla de Oro en el año de 1602” (Carrera, 1980: 77).

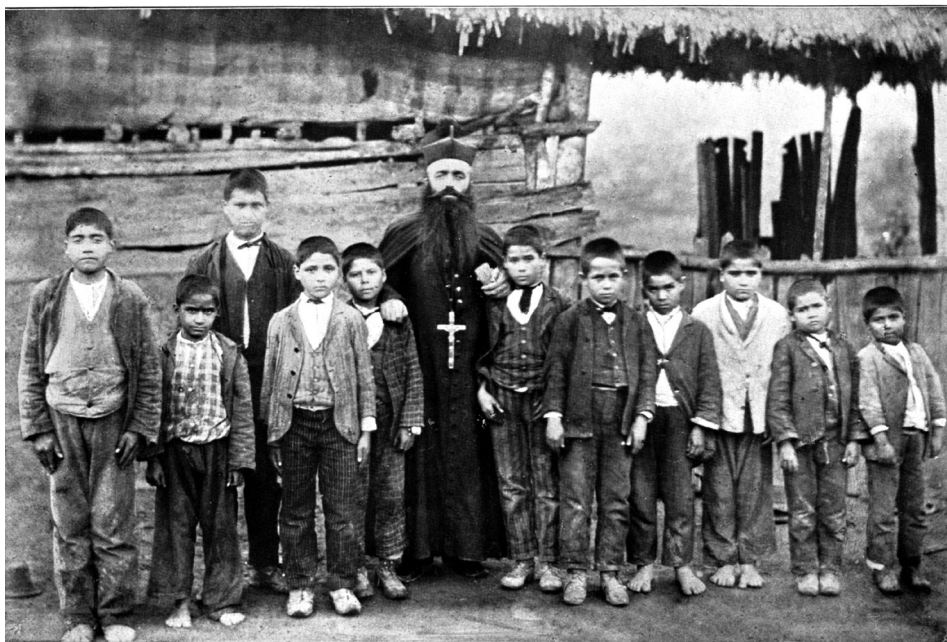
La evangelización de los pueblos aborígenes de la Amazonía debe a ilustres misioneros su sacrificio, energía y hasta su vida misma, pero todos los esfuerzos

2 Centro de Estudios Históricos y Geográficos, *El libro de los centenarios*, tomo XX, Cuenca, Imp. Offsecolor, 1989, p. 11.

3 Tobar D. (1953, p. 154), citado por Telmo Carrera, “Visión histórica de la evangelización de la etnia Shuar”, tesis de licenciatura, Roma, Universidad Urbaniana, 1980.

realizados, que llegaron a etapas de aparente esplendor, terminaron en fracaso; por eso, alguien con razón manifestó: “Nunca que sepa la Historia, nación alguna de la Amazonía ofreció tan enconada resistencia a la conquista y a la evangelización” (Costales, 1977, vol. 2: 3). Esta situación se agravaría aún más con la expulsión de los jesuitas decretada por el rey Carlos III en 1767.

*Primera Escuela de Gualaquiza
= hijos de Canelos =*



Don Francesco Mattana con gli allievi della Missione.—Gualaquiza

Fotografía 2

Primera escuela de Gualaquiza, acompaña el Padre Francisco Mattana (Fundador y primer director de ésta Misión), Gualaquiza-Morona Santiago, (cerca de 1898)

Los dominicos se quedan en algunos sitios estratégicos de la Amazonía como en Canelos, que a inicios del siglo XVIII llega también a su ocaso. Por segunda ocasión, y a pedido del papa Pío IX y del segundo Concilio Provincial Quitense, así como también por decisión de la Asamblea Constituyente y del presidente García Moreno, los jesuitas regresan a sus antiguas misiones del Oriente, ya que la situación de los infieles era realmente calamitosa: “Tres siglos llevan estos infieles después de la conquista y con poca diferencia se encuentran tan bárbaros y tan gentiles

como cuando llegaron los conquistadores a estas tierras” (Jouanen, 1977: 13). Su propósito fue establecer centros misionales en Napo, Macas, Gualaquiza y Zamora.

De sus referencias misionales podemos conocer cómo era Macas a finales del siglo XVIII; he aquí algunas de las versiones:

La actual población de Macas está situada en una elevada planicie del Upano, se halla repartida en ocho barrios, que comprenden escasamente media legua de circunferencia y toda ella consta de doscientas sesenta almas incluida una tercera parte de párvulos (...) Los Macabeos y los Jíbaros dotados los unos de los otros de un genio intrépido y aun laborioso, son tan pobres, en medio de la abundancia, que no se encuentran en su casa ni una tabla de cuatro dedos para sentarse. Los más acomodados andan descalzos, duermen sobre una estera o en el húmedo suelo, revueltos con los cuyes y otros animales (ibíd.: 64).

Macas, pese a tener una larga historia que se remonta a épocas coloniales, a fines del siglo XVIII es una pequeña aldea que sobrevive en condiciones difíciles y lamentables. Se podría decir que la escasa población colona asimiló la forma de vivir del shuar, con quien creó vínculos que posibilitaron su supervivencia.

Los jesuitas entraron a Gualaquiza el 5 de enero de 1870. Los sacerdotes Luis Pozzi, Domingo García Bobo y el hermano Ramón García, no teniendo un lugar donde llegar, fueron recibidos por el señor Antonio Vega Dávila, principal hacendado del lugar, y por algunos jíbaros que vivían cerca. “Por entonces los jíbaros de Gualaquiza y de los alrededores no pasaban de unos ochenta, casi todos bautizados pero desde niños yacían en la mayor ignorancia de las cosas de la religión, no sabían ni siquiera hacer la señal de la cruz” (ibíd.: 50).

La Misión Jesuita de Gualaquiza no prosperó, a pesar que desde Guayaquil llegó la hoy beata Mercedes Molina para ayudar en la educación de los nativos: las enfermedades de los misioneros, las epidemias que azotaron a los shuar y las guerras tribales se volvieron insostenibles, y en mayo de 1872 la misión jesuita abandona Gualaquiza. Se dice que García Moreno estaba muy disgustado por el poco progreso de la misión y el mucho gasto que representaba mantenerla. Al abandonarla “quedaba una buena iglesia de regular tamaño, todo lo necesario para el culto divino, dejaba además una casa parroquial nueva con cuatro aposentos en la parte superior y dos en el entresuelo” (ibíd.: 64).

La misión de Zamora, otra de las obras confiadas a los jesuitas, ni siquiera fue visitada; más bien a finales del siglo XIX llegan los franciscanos, coincidentemente dos de ellos, se encuentran en Gualaquiza con la primera expedición salesiana; sin embargo, una presencia efectiva de esta congregación se da solamente a partir de 1921.⁴

4 Tomás Conde, *Los Yaguarzongos. Historia de los Shuar de Zamora*, Quito, Abya-Yala, 1981, p. 153.

Para entonces la Amazonía era motivo de preocupación por parte de los poderes centrales, no tanto porque allí vivían los infieles “como pueblos absolutamente primitivos (...) al estado natural, el influjo de la civilización es mínimo hasta hoy porque no han renunciado a ninguna de sus costumbres” (Bottasso, comp., t. II, 1993: 17); sino porque “los vecinos peruanos no encontraban obstáculos para penetrar siempre más, aguas arriba siguiendo los ríos navegables, pues la época del caucho había llegado a su máximo esplendor” (Bottasso, 2011: 20). También el Congreso de la República –conformado por varios miembros religiosos y sobre todo por influyentes personalidades del Azuay– lo advertía; igual lo hizo Luis Cordero, en su *Opúsculo* que escribió con motivo de una excursión a Gualaquiza: “El temor que tengo y que deben tener todos mis compatriotas de que se descuide la colonización de las regiones orientales, porción la más hermosa y rica del Ecuador, sean ocupadas como ya comienzan a serlo por las naciones limítrofes” (1875).

El temor a una invasión vecina, la necesidad de proteger a los hacendados y sus privilegios, la grave crisis social y económica de la serranía y la necesidad de civilizar y evangelizar a las tribus nativas, contextualizan un marco referencial para el nacimiento del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza. El Congreso Nacional, en sesión del 11 de agosto de 1888, dispone al presidente Antonio Flores Jijón se dirija a la Santa Sede solicitando la erección de los cuatro vicariatos para la Amazonía, a saber: el de Napo; Macas y Canelos; Méndez y Gualaquiza; y el de Zamora. El primero debía confiarse a los jesuitas, el segundo a los dominicos, el tercero a los salesianos y el cuarto a los franciscanos.

La petición oficial se realiza el 6 de octubre de 1888 y en ella se solicita expresamente que el tercer vicariato sea confiado a la Pía Sociedad Salesiana. Varias personalidades y amigos que conocieron de la labor que los salesianos en diferentes partes del mundo y que empezaba a notarse en la ciudad de Quito influyeron en esta decisión. “Una nueva orden religiosa va extendiéndose milagrosamente por el mundo”, había dicho el diplomático Carlos Rodolfo Tobar, años atrás.

El 3 de enero de 1889, el gobierno ecuatoriano tuvo una contestación esperanzadora del Santo Padre, pero debió esperar cuatro años para que finalmente, el 8 de febrero de 1893, la Secretaría de la Sagrada Congregación de Asuntos Religiosos Extraordinarios preparara el decreto de aprobación del nuevo vicariato.

Los superiores salesianos que asumen con seriedad este desafío, tras varios fracasos, empiezan a preparar con anticipación su trabajo misional. Era necesario conocer el futuro campo de acción, aunque sea con informaciones de segunda mano. Así, el padre Luis Calcagno, superior de los salesianos en el Ecuador, en carta escrita el 30 de julio de 1891 (dos años antes que se erija el vicariato) a monseñor Segna, secretario de la Congregación de los AA.EE.EE. (Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios), le manifiesta:

Por las noticias que hemos podido recabar de los intrépidos y celosos misioneros de la Compañía de Jesús y de la Orden de los Predicadores, que desde años laboran en esas provincias de Oriente, hemos comprendido que aquellas misiones pueden considerarse de las más difíciles y peligrosas (Bottasso, comp., 1993, I: 19).

Luego da una visión del territorio que iba a ser explorado:

El valle de Méndez sigue siendo casi desconocido y los misioneros salesianos en la excursión que proyectan realizar deberían explorarlo en su totalidad bajando en canoas y balsas por el río Paute, que desde aquí toma el nombre de Santiago hasta el Marañón. Desde aquí, de ser posible, deberán regresar a Cuenca por el difícilísimo y peligrosísimo camino de Gualaquiza ubicado al sur de Méndez.

Cabe resaltar la prudencia y responsabilidad con que se asumía este grave compromiso, pero al mismo tiempo el total desconocimiento de la realidad geográfica de nuestra Amazonía. Un viaje como el propuesto sería, para esa época poco menos que irrealizable.

Los superiores en Italia escogen a un experimentado misionero que estuvo en la Patagonia, el padre Ángel Savio; pero la Providencia no lo quiso así, ya que muere al cruzar la cordillera andina en su viaje hacia Quito. Entonces la posta es tomada por un joven salesiano, el padre Joaquín Spinelli, quien junto al hermano Jacinto Pancheri, realiza un primer viaje de reconocimiento de la región. El lugar escogido es Gualaquiza –llegan un sábado 14 de octubre de 1893 a las dos y media de la tarde–, pues desde hace años influentes familias azuayas mantienen allí sus haciendas. A los veinte años de que los jesuitas abandonaron esta misión, los salesianos la asumen como un nuevo reto. No se podía admitir un nuevo fracaso; la situación debió ser afrontada, como en efecto lo fue, con mucha prudencia, responsabilidad y sacrificio.

“A las seis de la tarde del primero de marzo (1894) entramos solemnemente en Gualaquiza, pasando por debajo de arcos de triunfo, preparados por estos pobres salvajes”.⁵ Así llegó el contingente de los primeros cuatro misioneros para emprender en forma definitiva la obra misional salesiana en Gualaquiza; ellos fueron: el padre Francisco Mattana, director; el padre Joaquín Spinelli, y los hermanos Jacinto Pancheri y Alberto Jurado. “En los dos domingos que ya estamos en Gualaquiza, la capillita no alcanzó a dar cupo a todos los jibaros que estuvieron presentes en los oficios divinos”, escribía el director en las crónicas. Se podría decir entonces que la semilla sembrada por anteriores misioneros no había muerto, estaba latente esperando que nuevos sembradores viniesen a abonarle. Así comenzó en el vicariato la obra salesiana que tiene ya más de un siglo de existencia y que sin duda vino cargada de expectativas y esperanzas para la región.

5 Carta del padre Mattana a Miguel Rúa, 26 de marzo de 1894.

3. El misionero con la cruz y el arado

Aunque la situación política y social que se vivía en Ecuador en los primeros tiempos de la misión no fue la más propicia, incluso se puede asegurar que más bien estuvo en contra, su labor inició sin demora: “Nos alojamos los primeros días en casa de nuestro amigo, el señor Guillermo Vega Muñoz (hijo de Antonio Vega D.). Entre tanto y con su ayuda arreglamos como pudimos la capilla para poder tener siempre con nosotros a Jesús en Sacramento”.⁶

Enrico Festa, un naturalista italiano que llegó a Gualaquiza precisamente alentado por la presencia de sus coterráneos para realizar estudios en la selva, nos deja hermosos relatos de sus viajes, desde el mes de noviembre de 1895 hasta julio de 1896, los cuales dan testimonio de la labor que vienen desarrollando los misioneros. “En estos países lejanos, la presencia de los misioneros es una auténtica providencia para los mestizos y los salvajes. Ellos acuden al misionero para obtener ayuda y consejos sobre todo en caso de enfermedad”.⁷ Nos cuenta también que acompañó al padre Mattana a visitar a un anciano shuar enfermo, a dos horas de Gualaquiza, destacando el amor y la generosidad del sacerdote, ya que el viejo Chacaima se había lastimado el pie y tenía una profunda llaga que le causaba mucho dolor. “El buen padre Francisco, con mucha paciencia lavó y curó el pie del viejo y le dejó unos remedios, luego lo consoló con palabras cariñosas y nos despedimos de aquellos salvajes”.

La vida de los primeros misioneros fue muy difícil, el mismo padre Mattana en carta a don Rúa le dice: “Ud. querrá saber ¿cómo hacemos para comer? (...) no tenemos ni pan ni vino, sino maíz, yuca y plátano y un poco de carne; tomamos la sabrosa chicha y agua, pero hasta la fecha todos estamos bien de salud”.⁸

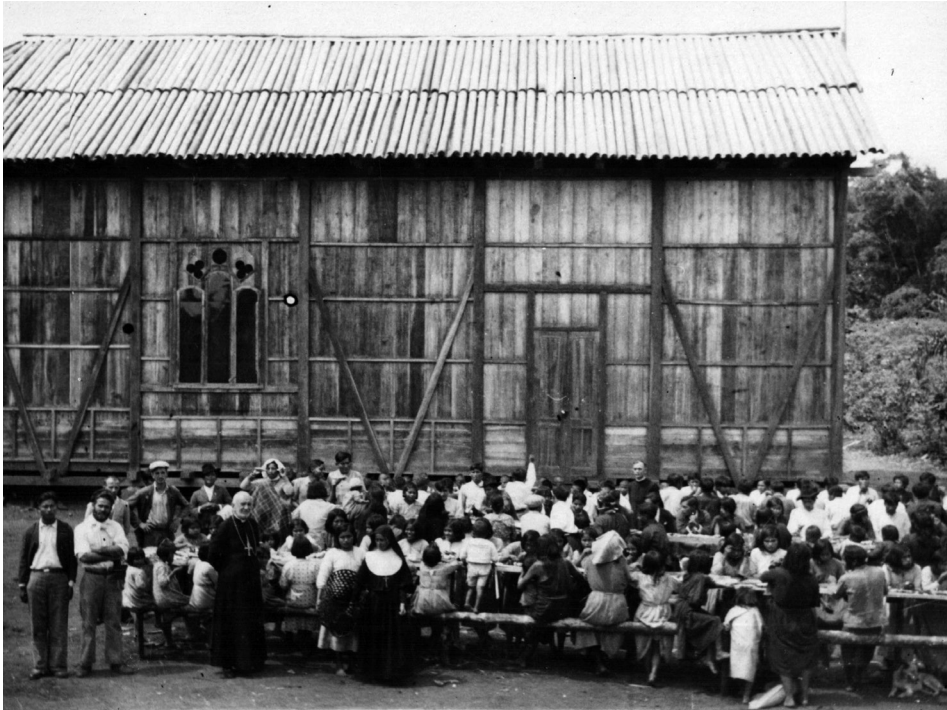
Al examinar los primeros escritos y crónicas de la misión, se puede apreciar la dirección pastoral de los dos sacerdotes presentes en Gualaquiza. A Spinelli siempre lo vemos dirigir su trabajo hacia el sector colono, visitar familias y pequeños poblados, mientras que Mattana visita a los shuar, se muestra afectuoso y cariñoso con ellos, no se trata de algo programado, es su vocación de servicio. Este hecho ha sido una constante en los años de presencia salesiana en Morona Santiago, pues muchos sacerdotes entregaron su vida en la evangelización, promoción y defensa de los shuar, y otros trabajaron más bien al lado de los colonos. En el imaginario de mucha gente están los nombres de los misioneros que se pusieron al lado del shuar

6 Carta de Mattana al padre Miguel Rúa del 23 de junio de 1894.

7 Enrico Festa, *en el Darién y el Ecuador: diario de viaje de un naturalista*, Monumenta Amazónica, Quito, Abya-Yala, 1993, p. 142.

8 Carta de Mattana al padre Miguel Rúa Carta del 26 de marzo de 1894.

(llegando incluso a estudiar con profundidad su lengua y su cultura) y de quienes estuvieron junto al colono, lo cual, lejos de ser un problema, fue más bien una oportunidad para complementar su labor en una región en donde efectivamente coexisten las dos culturas. Sin embargo, este hecho de convivencia causó más de un problema dentro de la población y a la misma misión, como se verá más adelante.



Fotografía 3

Celebración de la fiesta Patronal de Don Bosco, Monseñor Domingo Comín (izquierdal), Padre Tomás Pla (fondo). Sevilla Don Bosco-Morona Santiago, año 1942

Si la cruz y el Evangelio fueron las razones de la vida misionera, el salesiano también debió doblar su cuerpo y empuñar el arado y el machete para empezar a producir la tierra que se mostraba generosa. Contaron para ello con hermanos dedicados de corazón al trabajo agrícola, que dieron ejemplo y enseñaron sus prácticas. Según nos cuenta Festa, en Gualaquiza encontró muchos cultivos de caña para la fabricación del aguardiente y la panela. En efecto, luego de la época de la cascarilla, los primeros moradores de Gualaquiza cultivaron grandes extensiones de caña de azúcar, pero los misioneros alentaron la diversificación de los cultivos para el consumo local, introduciendo el arroz, el café, los cítricos y sobre todo la implementación de la ganadería. El mismo Festa nos dice que la misión, en menos

de dos años de presencia tiene “(...) bastantes toros para el arrastre y algunas vacas que dan poca leche. Además tienen algunos caballos y mulas, un gran número de ovejas y muchos pollos”. De esta manera la misión se constituyó en la pionera de la agricultura y la ganadería en nuestra provincia. Hasta hoy, algunos mayores shuar y colonos consultados recuerdan, por ejemplo, la forma como el padre Luis Casiraghi traía terneros desde la Sierra para mejorar la raza, en *chinganas* (una especie de camillas) cargados por varias personas y a veces hasta en los mismos hombros del sacerdote que, según cuentan, se sacaba los zapatos “para no dañarlos y caminar seguro” (referencias personales).

De alguna manera este hecho justifica la tenencia de tierras por parte de las misiones, así se pudo apoyar al colono, facilitándole especies de calidad. Las plantaciones rápidamente se extendieron en toda la comarca: el arroz, por ejemplo, hasta no hace mucho abastecía la demanda de las localidades. Era tal el interés de los misioneros en apoyar la agricultura de la zona que se cuenta que monseñor Comín, a inicios de 1942, trajo desde Ibagué (Colombia) semillas de trigo tropical, y en su primer viaje al Oriente las repartió en las misiones de Macas, Sucúa y Méndez, dando treinta granos a cada familia.⁹ En Bomboiza, a cada matrimonio cristiano shuar se le donaba una cabeza de ganado para que “haga la cría”, comenta el doctor José Nantipia en una entrevista personal. La presencia del colono valorizó la tierra y el shuar se dio cuenta que tenía un precio; algunos la comercializaban, aunque a un costo irrisorio como cambiarla por una escopeta; sin embargo, las propiedades de las misiones se hicieron efectivas en unos casos por donación de los propietarios o por compras que realizaron los misioneros, como en Gualaquiza, cuyas tierras fueron adquiridas a hacendados y colonos mediante escrituras públicas. En las notarías del cantón Sigsig se registran algunas de estas adquisiciones.

Los misioneros alentaron también la implementación de las ferias ganaderas, tanto en Gualaquiza como en Bomboiza y otros lugares, a fin de que shuar y colonos se sientan motivados en su crianza. Los mayores recuerdan, por ejemplo, al “lolo”, un hermoso ejemplar vacuno que ayudó a mejorar las ganaderías; “los chanchos del padre Luis” (Casiraghi), que daban hasta seis latas de manteca, los engordaba en los patios o bajo los pisos de la iglesia y del convento. El misionero enseñó a trabajar, a cultivar la tierra, a cuidar el ganado. Alguna vez visité a un shuar de Bomboiza que tenía una bonita finca ganadera, cosa un poco inusual entre los shuar, y al preguntarle que “cómo así”, su respuesta fue “porque los misioneros de Bomboiza me enseñaron”.

9 Apuntes del padre Telmo Carrera tomados de las Crónicas de la misión de Sucúa.

4. El misionero y el shuar: “a mí, ¿vos qué regalando?”

Monseñor Santiago Costamagna hablaba a un grupo de Cooperadoras y Cooperadores salesianos de la forma como el misionero ha podido ganarse la voluntad de los “jíbaros”. El obispo decía:

Lo primero que pregunta un jíbaro es: ¿Qué trayendo? ¡Hay de nosotros! si le decimos “nada” ellos no tienen pelos en la lengua, inmediatamente sacan la condición. ¿Si nada trayendo a qué viniendo?, ¡vos miserable estando! Cuando se trata de enseñarles a santiguar dicen “¿Vos qué regalando? ¿Acaso yo de gana rezando?”. Terminaba el buen prelado persuadiendo de que “Van diez años que solo así se les ha podido atraer, ya mucho se ha hecho y se continúa haciendo aún más, pero todo va en razón directa de los regalos”.¹⁰

Este hecho discutido y controversial fue el inicio de un asistencialismo paternalista que se ha venido repitiendo con diferentes matices hasta los últimos tiempos, con la diferencia que ahora ya no son las agujas, los cuchillos, los hilos o los espejos lo que atrae y contenta al shuar, sino las obras y proyectos que puedan utilizar a su favor: educar a sus hijos, por ejemplo, ganar prestigio, poder, dominio. Mientras el misionero pueda satisfacer sus expectativas y hasta sus caprichos, serán sus aliados; cuando ya no sea posible, pues simplemente le dirán como dijeron sus antepasados: “¿entonces para qué estando?”.

El padre Juan Shutka, un misionero salesiano que entregó medio siglo de su existencia para ayudar al pueblo Shuar, comenta que al iniciar su sacerdocio en Sucúa visitaba algunas familias shuar y pudo darse cuenta de que se encontraban totalmente desprotegidas: “Un pueblo sumido, miedoso, sin ninguna organización, ni liderazgos”, entonces pensó que lo primero que debía hacerse es unirlos y organizarlos, de esta forma nacieron los centros, las asociaciones y finalmente la Federación de Centros Shuar, “La primera en su género en América”, nos dice con algo de orgullo (entrevista, padre Juan Shutka, febrero 2011).

Algunos profesionales shuar consultados piensan que gracias a la labor desplegada por los salesianos, este pueblo hoy ostenta una posición de prestigio y ha podido salir adelante, aunque hay misioneros como el padre José Rivadeneira (+) que creen que “aún queda mucho por hacer, porque lo que en realidad hoy se evidencia es la existencia de elites más bien pequeñas que ostentan una posición privilegiada (dirigentes, políticos, profesionales, maestros, empleados públicos), pero la gran mayoría del pueblo se encuentran desprotegido, busca la ayuda del colono o el negociante, el cual termina por explotarlo” (entrevista padre Juan Shutka, febrero 2011).

10 Crónicas de la misión de Gualaquiza., en *Boletín Salesiano*, septiembre de 1904



Fotografía 4

De izquierda a derecha los padres: Albino Gomezcoello, Luis Carollo, Domingo Barrueco, Juan Shutka. Misión de Méndez-Morona Santiago, (cerca de 1938)

En un pequeño sondeo realizado en el Instituto Superior Bilingüe Intercultural Shuar de Bomboiza, en donde se forman los futuros maestros para su pueblo, obra relevante de los salesianos en el vicariato, se manifiesta que el mejor regalo que pudieron hacer los misioneros es velar por la educación del pueblo Shuar, primero con los internados, necesarios en los primeros tiempos, pero controversiales luego, ya que “surgen críticas a la línea de pastoral seguidas en el pasado por no haber respetado sus valores culturales”.¹¹

Lo que resulta hasta cierto punto anecdótico es que estas críticas nacen desde los mismos salesianos, en momentos en que una nueva generación de misioneros se hace presente en nuestro vicariato, alineada con novedosas visiones antropológicas y respaldada con líneas de acción que nacen luego del Concilio Ecuménico. Se estudia su lengua y su cultura, sus mitos, su cosmovisión, para encontrar a Dios dentro de sus creencias. Se observa una transformación casi traumática, no solo para el pueblo Shuar, sino para algunos misioneros, muchos de los cuales no qui-

11 Luis Carollo, en varios autores, *Presencia salesiana en el Ecuador. Primer Centenario*, Cuenca, LNS, 1988, p. 137.

sieron o no lograron entender estos avances. Es así como se suprimen los internados, la liturgia se la encarna en la cultura Shuar, los nuevos misioneros utilizan su idioma en la liturgia, investigan y escriben. Nace la serie *Mundo Shuar*, un aporte cultural de enorme trascendencia. La educación se diversifica y ahora puede llegar a todos los rincones de la selva a través de la radio y en su propia lengua; la misión se expande y llega hasta los territorios del pueblo Achuar, pero con una metodología diferente. Muchos misioneros, y no se diga los colonos, miran con escepticismo este nuevo proceso; se piensa que tras de él hay un trasfondo ideológico. Estos nuevos misioneros son tratados de curas comunistas, ya que coincide con una época en la que en el Ecuador y en América se intenta expandir esta ideología.

Los shuar adquieren entonces una posición de privilegio dentro del contexto del desarrollo provincial. Presidentes y ministros los visitan con frecuencia y apoyan su organización; se promueven entregas masivas de títulos de propiedad globales para salvaguardar su tenencia; son dirimientes en algunos proyectos de desarrollo. Desde el sector colono se empieza a mirar con preocupación esta posición alentada por algunos salesianos, incluso se llega a hablar de “La nueva nación Shuar”. La historia parece revertirse: ahora el shuar es considerado una amenaza para el colono; fueron momentos de gran despliegue de la Federación Shuar alentada por los salesianos, pero como lo reconoce el padre Juan Shutka: “Con la Federación Shuar sucede lo que pasa en las familias, a los hijos se les engendra, se les cría con cariño, se les asiste, les damos todo el apoyo y lo mejor que podemos, pero cuando son mayores, ellos deciden su futuro y los padres ya no podemos hacer nada; sin embargo, si tendría que volver a trabajar nuevamente lo haría igual que lo hice antes”. ¿A pesar de los riesgos y las ingratitudes recibidas?, le inquirimos: “Pese a todo”, nos dice el buen misionero.

El padre Luis Carollo, con sinceridad y modestia, reconoce que “como consecuencia de esta toma de posición ideológica se llegó a una sobrevaloración de la cultura Shuar y se trató de restar importancia a la acción del misionero por considerarlo agente de aculturación foránea” (1998: 137).

El paternalismo, claramente manifiesto por parte de algunos salesianos, a la larga resultó contraproducente, pues creó en el shuar la idea de que el misionero le debe dar todo, afectando sus responsabilidades de padre y de ciudadano. Cuando se terminó la bonanza, el shuar se vio en dificultades para educar a sus hijos, por ejemplo. Sin embargo, la Misión Salesiana sigue en su acompañamiento, fiel a su carisma, manteniendo los pensionados de Bomboiza, Sevilla Don Bosco, Yaupi y Wasakentsa, aunque con reglas diferentes.

Sin duda, pese a todas sus controversias, la labor educativa es el aporte más importante de los salesianos para el pueblo Shuar, como señala el padre Carollo: “Trabajaron como salesianos, lo que equivale a decir como educadores”. De alguna

manera se hizo realidad la idea de que “la única forma de conquistar a los padres ya mayores, era a través de los hijos” (1988: 137).

Un segundo aspecto considerado como valioso para el shuar es el de haberles dado las herramientas necesarias para tener una organización sólida y que en su tiempo cumplió una misión humanitaria, de servicio y de desarrollo realmente extraordinaria. En este sentido, el árbol ha crecido frondosamente, los centros shuar se encuentran extendidos a lo largo de la selva, las asociaciones se han multiplicado y la Federación tiene un buen prestigio nacional e internacional, aunque hoy politizada y navegando al vaivén de los intereses de quienes la dirigen.

Un tercer aspecto relevante del trabajo salesiano en bien del pueblo Shuar es la defensa de sus tierras “que estuvieron a punto de sernos arrebatadas por la ambición colona”, según algunos shuar consultados. La misión se dio cuenta, felizmente a tiempo, que la colonización que ellos mismos alentaron años atrás se constituía en un serio peligro para la supervivencia del pueblo Shuar, por eso sus acciones se encaminaron a protegerlo y preservarlo. Los convenios que se firman en 1935 y 1944 con el Gobierno nacional tienen esta finalidad; sin embargo, originaron más de un dolor de cabeza a los propios misioneros, pues crearon una ola de críticas y resentimientos desde el sector colono, ocasionando una seria división que desembocó en graves conflictos, ahora superados, pero que en su tiempo generaron muchas tensiones y contradicciones.

Un nuevo convenio que se publica en el Registro Oficial nº 601, del 5 de junio de 1946, llamado de Colonización y Ayuda a la Misión, ratifica la tutoría de los misioneros sobre las tierras shuar dejándolas bajo su cuidado: se les faculta abrir escuelas, construir hospitales, se les entrega aportes para internados y otras ayudas, lo cual fue utilizado por la misión para hacer obras en lugares a donde no podía llegar la acción directa del Estado. La posibilidad de asumir responsabilidades que se delegaban desde el Gobierno elevó su prestigio y poder, pero generó reacciones encontradas en diversos sectores pues se creía que los misioneros asumían posiciones políticas que en su tiempo eran muy tensas. Sucúa se convirtió en el centro de las polémicas, pues es la sede de la Federación Shuar y las grandes decisiones en pro de sus intereses se generaban desde allí. En 1969 hubo que lamentar un voraz incendio de la casa misional que no ocasionó desgracias personales, como parece fue la intención, pero que permitió comprender el estado de tensión al que se había llegado.

Es necesario decir, finalmente, que el misionero nunca descuidó su labor pastoral; eso fue lo esencial de su presencia entre los shuar, con errores o sin ellos, destacando desde un comienzo los esfuerzos realizados por aprender su lengua y poder llegar a ellos en su propio idioma. Gracias a ello el pueblo Shuar deja de ser

guerrero y se elimina la ceremonia de “tsantsas” (cabeza reducida, trofeo de guerra del shuar), práctica penada con la excomuni3n (Bottasso, 1993, II: 88).

La siembra ha sido abundante aunque sacrificada y dolorosa, y no se ha paralizado a pesar de no haber mayor corresponsalía. Los frutos se ven, aunque quede un sabor agridulce en el camino; ninguno de los misioneros del ayer con quienes he conversado se arrepiente de su trabajo, ni siquiera un aire de pesimismo aflora de sus labios: “Mientras haya j3venes que requieran de nosotros, aqu3 nos tendr3n junto a ellos”, nos dice el padre Jorge Loaiza, director de la misi3n de Yaupi. Consuela, adem3s, escuchar voces que reconocen “que los misioneros han dado hasta su vida por los shuar, por lo que hay que olvidar los errores, seguir adelante y solo saber decir gracias”.¹²

5. La pol3tica, un obst3culo. Regando un 3rbol seco

El padre Francisco Mattana es la figura bizarra de los primeros a3os de misi3n en el vicariato, dispuesto a todo con tal de salvar la obra que tanto esfuerzo le hab3a costado a 3l y a sus hermanos. Recu3rdese, por ejemplo, que a menos de un a3o de establecida la misi3n de Gualaquiza, y cuando contaba con una escuela de artes y oficios que daba instrucci3n a j3venes tra3dos desde el Azuay y a algunos shuar, un incendio la destruy3 “por una fragua mal apagada”, seg3n las versiones del mismo padre, pero que en realidad, seg3n nos cuenta el padre Tom3s Conde:

un salvaje herido fue a pedir protecci3n y ayuda a los padres salesianos con el fin de vengarse de los asesinos de su hijo, los padres se negaron a prestarle el auxilio que ped3a, indignado el j3baro concibi3 el criminal proyecto de quemarles la casa misi3n que hace poco hab3an terminado. El incendio se verific3 el 17 de diciembre del a3o 1894 sin que se pudiera salvar nada de lo que hab3a dentro de la casa (Conde, 1981: 103).

La misi3n se bat3a entre la angustia y el olvido, pues los salesianos hab3an sido expulsados del pa3s y se hab3an cortado las ayudas econ3micas y log3sticas que les proporcionaba el Estado. Fue una 3poca de grandes incertidumbres:

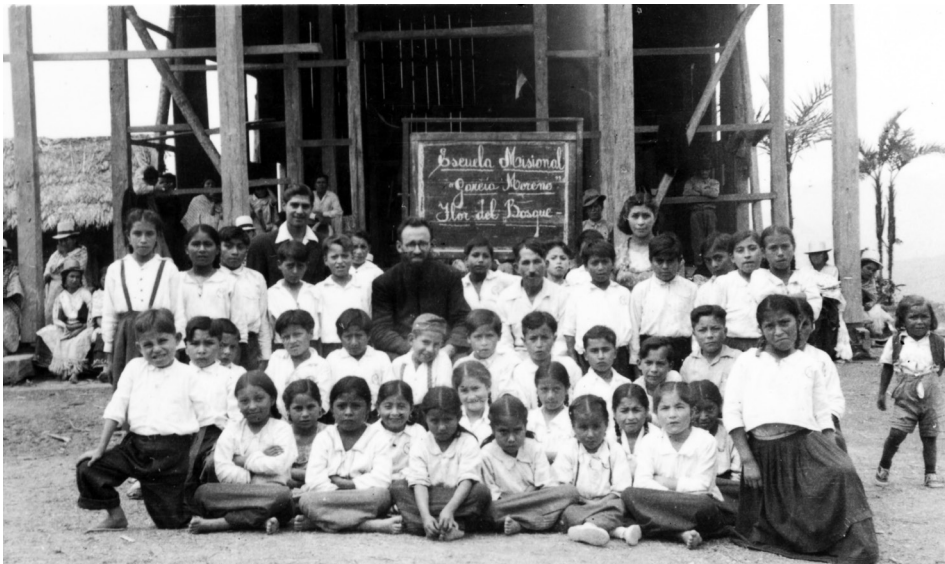
los salesianos reci3n llegados entraron en el ojo del cicl3n, sin haber tenido el tiempo para comprender del todo los elementos que entraban en juego. De Quito fueron expulsados muy pronto y un par de ellos pudieron permanecer en las misiones a causa del gran aislamiento (Bottasso, 2011: 25).

“Si quieren quedarse los salesianos en Gualaquiza que se queden” habr3a dicho Alfaro, seguramente convencido que muy pronto morir3an de inanici3n;

12 Encuesta a maestros shuar del Instituto Shuar de Bomboiza.

pero el padre Mattana, desafiando al presidente y a todos los problemas que le vendrían luego, prefirió quedarse con sus jíbaros, así como lo hicieron algunos jefes conservadores que se refugiaron en esta región y que Alfaro mandó a buscar sin éxito. Fueron ellos y sus familiares desde Cuenca los que apoyaron con decisión para que la obra, que parecía extinguirse, no muera.

La noticia de la presencia de los salesianos se extendió por la floresta: “En los últimos meses de 1898 presentáronse en la misión y por tres veces los jíbaros de Méndez, suplicando a los misioneros que se establecieran en dicho lugar, prometiéndoles huertas, casas e iglesia”.¹³ Por esta razón, y consciente el padre Mattana de que el vicariato requería de nuevas presencias, a fines de 1898 realiza un viaje de exploración hasta Méndez, lleno de peligros y de aventuras. En su largo recorrido el padre se da cuenta que los shuar le saludaban con afecto; un capitán mendeño de nombre Sandu le decía: “Padre Francisco, yo y los jíbaros mendeños a vos mucho queriendo, yo a vos acompañando a mi casa llegando, hay muchos puercos, gallinas, plátanos, yuca y camote vos comiendo” (Crónicas de la misión de Gualaquiza, 1898).



Fotografía 5

Niños de la escuela “García Moreno”, acompañados por el padre Luis Carollo (centro).
Comunidad Flor del Bosque, Misión de Limón-Morona Santiago, (cerca de 1938)

13 Crónicas de la misión de Gualaquiza, 1898.

La misión de Gualaquiza es el centro de atenciones y expectativas; hay fervor en Cuenca y en otros lugares de la patria, se constituyen comités para apoyar su labor, la prensa da cuenta de sus progresos y necesidades, se la debe sostener a toda costa, es un símbolo de esperanza para el desarrollo de la región. Un aliciente fue la presencia de don Albera, superior salesiano que luego sería el segundo sucesor de Don Bosco, que desobedeciendo todas las recomendaciones, un 12 de junio de 1902, llega a la misión para alentar la obra. Sus impresiones estremecen:

La casa que habitan nuestros hermanos es muy pobre y miserable, el piso de abajo es muy húmedo y en el segundo había que ir con tino (...) durante mi visita no he visto en la mesa ni pan ni vino, la sopa era invariablemente de plátanos tostados (...) La vista la tienen débil y enferma, no es posible que puedan vivir mucho tiempo con el trato que se dan, es necesario que se cambien de residencia (Bottasso, 1993, I: 336).

Pese a todas las dificultades “(...) delante de Dios y de la congregación, vale más la casa misión de Gualaquiza que todas las demás de Ecuador. Prefiero cerrar cualquier otra, antes que esta misión”, habría confiado el buen superior al padre Joaquín Spinelli.

En 1902, monseñor Costamagna, nombrado años atrás vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza, pudo finalmente visitar –aunque fugazmente– su campo misionero, lo cual no dejó de ser un aliciente en esos momentos críticos. Repitió la visita al año siguiente, pero por poco tiempo, debido a la coyuntura política que se vivía; solo en 1914 consiguió tener el permiso para quedarse en el vicariato. En ese período de ausencia sucedieron muchas cosas. Mattana, el sostén de la misión, viajó a Italia llevando a un shuar de nombre Joaquín Bosco para promocionar la obra misional y se dice que tuvo una audiencia con el Papa. No regresó más a su misión, difícil entender las razones; por otro lado, Domingo Comín, “Que antes de ser Obispo nunca había trabajado en las Misiones” (Bottasso, 2011: 70), con su consejo, en 1911, decide cerrar la misión: los salesianos lo hacen en abril del año siguiente y las Hijas de María Auxiliadora, establecidas desde 1902, abandonan su campo de trabajo el 30 de agosto de 1911. El padre Spinelli escribe a monseñor Costamagna dándole a conocer esta decisión, lo cual debió enojar mucho al vicario pues dispuso su inmediata reapertura.

Estos hechos humanos de desacuerdos y contradicciones han sido la tónica de la vida del vicariato; muchas decisiones se han tomado por los afectos y los defectos de algunos superiores, sin considerar otros aspectos trascendentes. Resulta anecdótico, por ejemplo, que en este proceso de camino a la diócesis, la primera misión que debieron abandonar los salesianos en el vicariato fue precisamente la histórica misión de Gualaquiza. Cuando en medio del dolor y la pena el pueblo despedía a los salesianos, un sacerdote, entre broma y serio le dijo al superior: “Tú hiciste lo que ni Alfaro pudo hacer” (referencia personal).

En seis meses de abandono la selva había invadido por completo la misión: “estaba reducida a unas pocas jaulas, arrimadas a la vieja iglesia”.¹⁴ El padre Albino del Curto, otro ilustre misionero, viene con el encargo de abrirla y construir la iglesia. Otra vez son los hacendados de Gualaquiza –Guillermo Vega, Miguel Ignacio Vega, Leonidas Moscoso, Víctor Balarezo– los que ofrecen su contribución para construir la nueva casa. Se movilizan todas las voluntades y la gente contribuye con entusiasmo. Para entonces se han establecido ya en Gualaquiza, en forma definitiva, numerosas familias venidas del Azuay; en la lista de priostes y mingados empiezan a asomar los apellidos Plasencia, Sagbay, Llanos, Coronel, Arévalo, Loyola, Valverde, Chuva, Tenechagua, Romero, Sánchez, Coyago, Brito, Torres, Salazar, Buele, Moscoso, quienes se constituyen en garantes de la presencia de la misión, pues sus relaciones cotidianas y de afecto a la obra se van cimentando cada vez más. Asimismo, ellos inician el poblamiento de Gualaquiza, son los “entabladores”, los que empiezan a trabajar sus pequeñas fincas en los alrededores de la misión, desplazando poco a poco a los grandes hacendados.

La colonia aumenta y los shuar se van alejando de la misión. En las crónicas se lee con preocupación: “Desde hace algún tiempo los jíbaros que viven cerca, se han retirado o se han ido a vivir más lejos, siempre dicen que los cristianos (colonos) les matan sus puercos y se roban sus huertas”; en realidad, el shuar cedió su territorio a los nuevos colonizadores, optó por dejar espacios e irse más lejos; además, las enfermedades traídas por los colonos causaban muchos estragos en su población, por eso lo más prudente era retirarse. Esta realidad causó mucha desilusión entre los misioneros.

Al acercarse el cuarto de siglo de evangelización entre los hijos de la selva los resultados eran decepcionantes. Monseñor Domingo Comín, que en un inicio fue escéptico acerca de los logros misionales (cuando fue inspector, ordenó el cierre de la misión de Gualaquiza), en una visita que realizara al papa Benedicto XV intercambió con él unas expresiones que luego se hicieron célebres:

–Santidad, parece que estamos regando un palo seco (se refería a los pocos logros conseguidos en la misión).

–Siguiendo con el espíritu de Don Bosco, día vendrá en el que el palo seco florecerá, fue la respuesta del Papa.¹⁵

Alentado por estas proféticas palabras, Domingo Comín vino con nuevos bríos y cargado de ilusiones para emprender la magna obra que permitió el milagro.

14 Crónicas de la misión de Gualaquiza, septiembre de 1912.

15 Antonio Guerriero, *Un gran Pionero*, Cuenca, LNS, 1969 (citado por J. Bottasso, 2011: 53).

Don Luis Delgado, un maestro jubilado de Gualaquiza, analiza las razones por las cuales finalmente la obra salesiana pudo consolidarse en la provincia: “El carisma salesiano es único en el mundo. El misionero salesiano vino a nuestra tierra para realizar obras de servicio, jamás explotó al colono o al shuar. Esta actitud evangélica predicada con el ejemplo abrió los corazones de los nativos para recibir y apoyar al misionero bienhechor”. Cuarenta años trabajó nuestro entrevistado junto a la Misión Salesiana, conoció de cerca su labor, fue testigo presencial de sus ejecutorias y las defendió con ahínco; por eso dice: “Admiré desde mi niñez a estos heroicos misioneros que despertaron en mí sentimientos de veneración y aplauso; todos ellos merecen nuestro homenaje y gratitud” (entrevista, febrero de 2011).

6. La misión se expande y consolida

Desde el inicio, los salesianos tomaron conciencia de que los territorios de su vicariato llegaban hasta los confines del Marañón; luego de superados los inconvenientes iniciales, como buenos soldados de Cristo, se prestaron a cumplir su tarea.

El 8 de diciembre de 1898, las huellas de un misionero se habían impregnado por primera vez en territorios de Indanza, habiéndose escogido este lugar para fundar una segunda misión, ya que su posición era estratégica. En este viaje el padre Mattana llega a Méndez y de allí se dirige a El Pan, recoge gratas impresiones no solo de los nativos, sino de las grandes posibilidades de colonizar esta tierra que se muestra generosa y fecunda; así lo manifiesta en su informe presentado a Alfaro:

Es necesario la colonización del Oriente, para el Azuay es sumamente conveniente dada la facilidad de comunicarse con las poblaciones de Gualaquiza, Zamora, Bomboiza, Indanza, Yunganza y Méndez (...) Puedo asegurarle sin temor a equivocarme que el Oriente desde Zamora a Macas es el verdadero porvenir el Ecuador y la llave de futuro engrandecimiento.¹⁶

Estas noticias que la prensa recogía —y que eran leídas con interés— se transformaban en públicos llamados a poblar la olvidada y desconocida Amazonía y posicionarla definitivamente como parte integrante del Ecuador.

6.1 La misión de Indanza

Muchos colonos de Gualaceo, con sus propios medios, comienzan a abrir un camino que les lleve a Indanza; a inicios del siglo XX existen algunas haciendas en el lugar. Los hacendados ahora realizan intensas gestiones ante el obispo para que se

¹⁶ Informe del padre franciscano Mattana al presidente de la República, 1 de julio de 1906.

instale la misión de Indanza, pues saben que con su presencia sus intereses están garantizados. “El año de 1914 debe ser escrito con caracteres de oro en la efemérides de esta difícil misión, nuestro Vicario Apostólico Santiago Costamagna, después de una larga ausencia obligada por el gobierno liberal tremendamente adverso a la iglesia, regresa a su grey dispersa y la recoge”.¹⁷ Así, el padre Albino del Curto inicia las Crónicas de la misión de Indanza en el año de su fundación. Las circunstancias que rodean a esta segunda fundación no difieren en nada a lo sucedido con la primera, pues son los hacendados los que facilitan al misionero su presencia, la gestionan y la alientan. El señor Luis Ríos se constituye en uno de sus principales aliados.

Mientras tanto, unas treinta familias de Gualaceo pedían a los misioneros se les entreguen tierras baldías para vivir y trabajar. Las gestiones no se hicieron esperar y muy pronto fueron ubicados a su alrededor. Las autoridades y el Gobierno apoyan los pedidos gestados desde la misión: se mejoran los caminos y se construyen puentes, se organizan los correos y se nombran autoridades. La misión es sinónimo de progreso y desarrollo.

Pocos años de esplendor y luego su rápida decadencia. Son varias las razones: el shuar se retira, ya que la colonización lo apremia; fuertes epidemias diezman su población; se registran nuevas guerras tribales y viven momentos de zozobra; no se pudo consolidar un centro poblado que apoye al misionero, la gente busca mejores tierras y las encuentra en los valles del Yunganza. En 1934, “únicamente están tres familias estables en Indanza” (Crónicas de la misión de Indanza), no así la población de Limón que ha crecido considerablemente.

Una gran cruz de sota (madera incorruptible) se levantó majestuosa en el cementerio de Indanza, la construyó con cariño el hermano Montuati y fue el último recuerdo que dejaron los salesianos, símbolo de su presencia de más de veinte años, colocada como ofrenda sobre la tumba del padre José Volpi, el último director fallecido en 1934, un soldado más caído en la batalla, una vida perdida en la soledad de la selva para que el mensaje divino se extienda por toda la comarca.

¿Hubo apresuramiento al fundar una misión que duró poco tiempo? ¿Era urgente ampliar los límites del vicariato, pues en veinte años solo existía la misión de Gualaquiza? ¿Valió la pena tanto esfuerzo en una zona de pocos habitantes shuar y colonos?¹⁸ Domingo Comín, el segundo vicario, lo reconoce años más tarde cuando dice: “Muy lento, demasiado lento fue el despertar de la acción salesiana en el territorio oriental” (Guerriero Creamer, 1997: 100). Parece que a monseñor

17 Crónicas de la Misión de Indanza.

18 Ochenta habitantes, según el Informe del padre Francisco Mattana al presidente de la República, 1 de julio de 1906.

Costamagna le angustiaba mucho la posibilidad de que las obras se cerraran, de allí la urgencia de abrir nuevas presencias; el obispo, ya de edad, quería dejar su vicariato expandido y consolidado. Hubo intereses e influencias o simplemente se dejó que las cosas se den, de acuerdo a las circunstancias y a los pareceres de quienes estaban al frente. A mí entender, creo que esta última reflexión ha marcado el ritmo en la expansión del vicariato, al menos en los primeros tiempos. Cada director y cada misionero daban todo de sí, incluido en algunos casos sus propios recursos o de sus familias, invirtiendo en obras que no siempre respondieron a una línea de trabajo y de evangelización planificada. Basta dar una ligera mirada para apreciar que muchos proyectos han dejado de tener sustento.



Fotografía 6

Padre Albino Gomezcoello (tercero a la izquierda) junto a la población local.
Méndez-Morona Santiago, (cerca de 1938)

Quedan aún en la mente de algunos mayores el recuerdo de la presencia salesiana en Indanza. En su nueva iglesia todavía se guardan algunos objetos del culto llevados por los salesianos. Las fiestas religiosas como las de la Virgen de la Merced –celebrada en los primeros tiempos de la misión– son parte de la tradición local; se podría decir que el espíritu salesiano, como la devoción a María Auxiliadora, aún se respiran en esta vieja parroquia. Algunas de sus calles, escuelas y plazas recuerdan el nombre de esforzados misioneros que trabajaron en ese lugar; los cimientos de la primera misión dejan ver hasta hoy sus huellas.

6.2 La misión de Méndez

Aunque Méndez nació como parroquia en 1913, seguía siendo para los salesianos desconocida. Se cuenta que un día conversaron monseñor Costamagna con el padre Albino del Curto, y el obispo le pidió de manera apremiante: “Albino, yo soy el obispo de Méndez y Gualaquiza, la misión de Gualaquiza ya sé donde está, pero, ¿dónde está Méndez! ¡Vete y fúndala” (ibíd.: 95).

El 14 de febrero de 1916 llegó el padre Torka con el hermano Ángel Brioshchi para dar inicio formal a la nueva misión y poner en funcionamiento una pequeña escuela para los niños de los colonos. Al poco tiempo de establecida la misión, el padre Albino, misionero de grandes ejecutorias, recibe una nueva y dura tarea de su obispo: “Abrir un camino que partiendo de Méndez se comuniquen con la población de El Pan en el Azuay” (ibíd.: 96).

Tenía más de ochenta kilómetros y como lo reconociera más tarde el mismo padre Albino: “Era un sueño de locos”. Aquí el padre Albino dejó parte de su vida, fue una verdadera odisea digna de una novela. Una carta del obispo a su superior de Italia nos hace ver con elocuencia lo faraónico de la empresa: “No te puedes imaginar lo extensa, variada e intrincada que es aquella virgen floresta desde El Pan hasta la misión de Méndez. Se necesita un valor más que de León para tamaña empresa”. Pero el padre Albino no estaba solo. Jacinto Pancheri fue el gran maestro constructor de un sinnúmero de puentes; como el puente Guayaquil, considerada una verdadera obra de ingeniería. Es evidente que ni los mismos gobernantes de ese entonces se dieron cuenta de la importancia geopolítica de esta vía, que se inicia con el aporte de cuatrocientos sucres entregados por monseñor Costamagna. Con la construcción de este camino, la misión de Méndez se constituyó en el núcleo generador de nuevas expediciones y presencias misionales; estratégicamente posicionada, facilitaba la comunicación y los desplazamientos, pero también fue la oportunidad para que cientos de colonos migren a la Amazonía en lo que se podría considerar la primera gran oleada migratoria de comienzos del siglo XX. Cosa parecida sucedió en Gualaquiza a partir de 1920.

A mediados de 1918, monseñor Costamagna renuncia al Vicariato de Méndez; el padre Domingo Comín, quien era también el provicario, realiza un recorrido por las dos nuevas misiones. Este viaje es trascendente para el futuro del vicariato, pues aparte de ser largo y dificultoso, puede apreciar la labor que realiza una misión en medio de la selva.

“¡Qué bella es ahora la misión de Méndez! ¡Qué maravilloso espectáculo ofrece aquella floresta lujuriente cruzada por el río Chupiankas, como una hermosa serpiente!”, habría expresado Domingo Comín. Yo pienso que este viaje

marcó para siempre su vida misionera, pues él mismo asegura que “seguiremos trabajando incansablemente hasta cuando Dios suavice su corazón (a los shuar) y haga resplandecer en su mente la luz”.

En 1920, el padre Comín es nombrado obispo titular; resulta subjetivo y hasta conmovedor su nuevo lema de pastor: *Traham illos in vinculis charitatis* (“Los atraeré a todos con la fuerza del amor”); más tarde el buen pastor dirá:

Al recibir sobre mis hombros esta pesada responsabilidad de la dirección del Vicariato, yo no podía resignarme a contemplar la destrucción de todo este patrimonio de hermosos ideales y halagüeños principios de mi venerado predecesor. Sobre su tumba he tomado la resolución de comenzar el doloroso vía crucis de peregrinar por varias naciones pidiendo los auxilios necesarios para la realización del gran programa (ibíd.: 100).

6.3 Las misiones de El Pan, Sígsig y el Aguacate

Para hacer menos penosas las largas jornadas que debían caminar los misioneros se animó el nuevo obispo a fundar centros logísticos de apoyo. Así, en 1920, luego de múltiples gestiones, se consigue que la parroquia eclesiástica de El Pan esté a cargo de los salesianos. Desde allí se asistía a los misioneros que partían o que llegaban del Oriente. Esta parroquia estuvo en manos de los salesianos hasta 1943 y en pocos años dejó una huella profunda entre sus habitantes, quienes fueron testigos presenciales de un trabajo tesonero. Posiblemente este hecho marcó su corazón y fue un ejemplo de vida para ellos, pues muchos hijos de esta parroquia se han animado a seguir sus pasos y hoy forman parte de la gran familia salesiana. En Sígsig, igualmente, los salesianos tuvieron una residencia misionera inaugurada en 1909 gracias a la ayuda generosa de toda la gente; allí se construyó lo que luego sería el santuario de María Auxiliadora, cuya devoción fue impulsada por los padres Mattana y Spinelli, ella despertó, y aún sigue despertando, un gran fervor entre sus habitantes, quienes no han perdido su fe, pese a que los salesianos ya no están; las Hermanas Salesianas han continuado con su labor.

También en Sígsig muchos de sus hijos han seguido las huellas de los misioneros y han engrosado la familia salesiana. La fiesta de María Auxiliadora es un hito en esta ciudad y cada año congrega a miles de fieles, quienes vienen de diferentes partes del país y del exterior a manifestar su devoción; la coronación de nuestra *buena madre* fue una apoteosis de la fe del pueblo sigseño; su corona de oro se resguarda en el Banco Central ya que su valor es incalculable. En este centenario pueblo aún se respira a salesianidad: el recibimiento a la urna de Don Bosco, en 2010, fue una muestra de su afecto.

Finalmente, y a pedido de los moradores de la parroquia Rosario, cuyo centro cantonal es el Aguacate, en 1921, monseñor Comín accede a fundar una tercera residencia misionera en ese lugar, para atender a sus moradores; la mayoría son gente humilde venida desde la Sierra, que se dedica al cultivo de paja toquilla y caña de azúcar. Esta residencia fue importante, ya que estaba en un lugar intermedio entre Sigsig y Gualaquiza, y prestaba mucha ayuda no solo a los misioneros, sino a los numerosos transeúntes.

Antiguos moradores aún recuerdan la figura del padre Juan Bonhe, un misionero que pasó en este lugar por casi treinta años:

Era un hombre muy recto, sacerdote de gran valor, hombre serio, estricto en sus cosas, todo recto, nada torcido, era muy piadoso; lo veía siempre rezando, en los viajes rezaba mucho, a la gente socorría con medicamentos que le llegaban de Alemania; comía pobremente, el mote no comía, en los treinta años que pasó en el Aguacate nunca comió un grano de mote, decía que en Alemania el maíz se da a los animales y no a los racionales, yo fui su ayudante durante tres años, luego me mandó a estudiar en Quito y me hice profesor (testimonio de don Rubén Arévalo, oriundo del Sigsig, de 94 años).

Monseñor Comín alentó entonces un nuevo despertar en la acción misionera que había estado aletargada por cerca de un cuarto de siglo, no por culpa de su antecesor, sino por las razones ya anotadas –que básicamente fueron de orden político, económico y logístico– y porque las poblaciones no terminaban de consolidarse como centros nucleados que les den sustento. El shuar, como siempre, se mostraba “tan soberbio, tan corrompido y tan siniestramente aristocrático en sus favorables condiciones naturales en que se halla. Condiciones que casi anulan el beneficio de la caridad de Cristo” (ibíd.: 100).

6.4 La misión de Macas

A setenta kilómetros de la misión de Méndez se encuentra Macas, la colonial población oriental sentada sobre las bases de la antigua Sevilla de Oro; su gente centenaria debió afrontar muchas dificultades por su lejanía de los centros poblados y por la constante amenaza de los nativos. Pese a todo, un pequeño núcleo poblacional logró salir adelante. Al crearse a fines del siglo XIX, el Vicariato Apostólico de Canelos y Macas a cargo de los dominicos, esta misión se establece en 1888, pero a los tres años de presencia la deben abandonar por serias divergencias que no pudieron superar. Macas quedó entonces huérfana de todo apoyo espiritual.

No era desconocido para los macabeos el trabajo de los salesianos en la misión de Méndez, razón por la cual dirigen sus miradas hacia allá; pero, a diferencia de las otras fundaciones, aquí la iniciativa la llevan las autoridades junto

con la población que ven en los salesianos una tabla de salvación para salir del estado de postración en la que se encuentran. En 1916, una petición firmada por autoridades y pobladores se dirigió a monseñor Costamagna; luego hubo una solicitud del jefe político Nicolás Cañizaris; la última la hizo en 1921, el presidente del Concejo, señor Luis Velín, al nuevo obispo Comín. A estas voces se sumaron la diócesis de Riobamba a donde pertenecía Macas, pidiendo a los salesianos su acción pastoral (Guerriero y Creamer, 1997: 104). Tal vez sin pensar ni imaginarlo, la misión salesiana amplió su espacio geográfico, lo cual se legalizó más tarde y extendió su acción benefactora a todo el territorio provincial. Luego de algunas visitas temporales de los misioneros, Comín decide fundar la misión de Macas, para lo cual, el 7 de marzo de 1924, envía al padre Salvador Duroni junto con el padre Alberto Castagnoli y el coadjutor Víctor Arévalo, con el encargo de dar inicio a la nueva obra.

6.5 La misión de Sucúa

La colonización desde la Sierra a partir de los años veinte se generaliza para toda el área del vicariato, desde Gualaquiza hasta Sucúa. Cientos de colonos establecen sus propiedades al amparo de la Misión Salesiana y con la aceptación forzada pero aceptada de los nativos; en realidad no hubo hostilidades fuertes, salvo en casos de abusos por parte de mineros y algunos colonos. En las localidades de Sucúa y Huambi se habían establecido ya algunas personas, quienes se dirigen al obispo en estos términos: “Ante su señoría nos presentamos humildemente los moradores de la parroquia Ayora (Sucúa) para pedirle un favor: el de protegernos por medio de uno o dos de vuestros abnegados hijos ante los peligros que pueden acecharnos al estar alejados de los consuelos de nuestra sacrosanta religión”.¹⁹

Sucúa y Huambi eran visitadas a partir de 1930 por el padre Santiago Stahl que venía desde Macas. En ese mismo año se funda una escuela, seguramente con el ánimo de contrarrestar la acción protestante que se había establecido allí con Carlos Olson; la escuela funciona en casa de la señora Cruz Zúñiga, una ferviente cooperadora. A pedido del padre Stahl, el obispo y el padre Juan Viña, vienen personalmente a fin de examinar la posibilidad de abrir una nueva misión, que se concreta el 26 de mayo de 1931; su primer director es el padre Santiago Stahl, quien a su vez cuenta con la ayuda del coadjutor Bonato, que con su trabajo consigue grandes avances en los campos agrícola y ganadero.

19 Carta a monseñor Comín del 8 de diciembre de 1927. Hay trece firmas de Sucúa y cuatro de Huambi.

Los inicios de esta misión, dados en medio del fervor de su gente, se ven enturbiados por una malhadada actuación del teniente político de apellido Cevallos, en contra del padre director, que ocasionó la reacción de la población y terminó accidentalmente con la muerte de la autoridad; se trató de involucrar en este triste episodio al padre director, pero gracias a la prudencia con que actuaron los superiores las cosas se apaciguaron. Hechos como este han ocurrido con frecuencia en algunas misiones, aunque sin el agravante de una muerte, motivados por la falta de tino en el ejercicio de la autoridad, ya que generalmente se trataba de gente extraña que buscaba imponer su voluntad. Los afectados acudían al sacerdote, quien debía enfrentar las prepotencias de los que ostentan el poder sin estar preparados ni merecerlo. Problemas parecidos debieron atravesar los misioneros con militares asignados a las guarniciones de frontera; en estos hechos la población siempre estuvo de su lado.

6.6 La misión de Limón

En 1916 llega hasta el valle del Yunganza el colono Fidel Arévalo, quien entabla una estrecha amistad con el capitán shuar de esa región de apellido Sharupi y se establece cerca de él con un pequeño entable, que más tarde es adquirido por Fidel Vera; luego vendrán otras familias, especialmente de Gualaceo, entre ellos don Manuel Cabrera, “A quien se le puede considerar como el colono fundador de Limón” (ibíd.: 108).

Para 1924, una naciente población recibe la visita de los padres Carlos Crespi y Tomás Plá; dos años más tarde llega la visita del obispo monseñor Comín, a quien sus moradores piden la presencia de una residencia misionera. Cuentan para ello con un terreno donado al morir por el colono Daniel Pedroval (ibíd.: 108).

En 1929 el obispo autoriza la construcción de la iglesia, entrega, además, una ayuda económica recogida en México y una imagen de la Virgen Guadalupana. Desde entonces y hasta el día de hoy esta virgen es la patrona de la población y tradicionalmente se celebran solemnes festividades en su honor.

Para 1936 la misión de Indanza se traslada a Limón, que contaba con una colonia numerosa; su primer director es el padre Tomás Plá, quien tres años más tarde muere en un fatal accidente. Sobre su tumba empezará a florecer esta nueva obra salesiana y el nuevo poblado que luego inmortalizará su nombre con un monumento en el parque central. La historia de este cantón debe mucho al trabajo apasionado de algunos salesianos, muchos de sus logros en los campos políticos, sociales y de desarrollo se deben a sus ejecutorias.

7. Aportes a la construcción de Morona Santiago

En 1921 se divide a la región amazónica en dos provincias: Napo Pastaza y Santiago Zamora; para entonces, como vimos antes, los salesianos contaban con dos centros misionales en la región: Gualaquiza e Indanza. Poco a poco se fueron consolidando otras presencias misioneras en Méndez (1916), Aguacate (1921), Macas (1926), Sucúa (1931) y Limón (1936). Se inicia entonces un proceso de urbanización acelerado alrededor de la misión. Es curioso observar como, en casi todas las poblaciones, la iglesia y la misión ocupan un lugar prominente; se construye un casco urbano, se abren calles y plazas, todos dirigidos por misioneros que deben dárselas también de ingenieros y arquitectos. Las primeras lotizaciones en algunos pueblos son iniciativa de los salesianos al entregar predios gratuitos a los colonos “con la condición de que en la brevedad posible construyan su casa” (referencia personal); entonces los pueblos fueron consolidándose y, junto con ellos, la urgencia de satisfacer sus necesidades básicas, especialmente en educación y salud.

Pese a que la prensa daba cuenta de los progresos de las misiones del vicariato, hasta mediados del siglo pasado, el Estado siguió ignorándolas al igual que a toda la región; pero los misioneros estaban allí luchando contra el olvido y el aislamiento, y así se constituyeron “en la única representante de la civilización y el progreso, así como el referente del poder microrregional”.²⁰

A partir de 1935, y sobre todo “después de la amarga experiencia de la invasión peruana de 1941, en la que el Ecuador perdió gran parte de su Oriente amazónico, el Gobierno abrió sus ojos y se dio cuenta de que solo el apoyo decidido a la región oriental y con la formación de las fronteras vivas se podrá defender la soberanía nacional” (ibíd.: 1997). La misión salesiana, en este sentido, desempeña un papel trascendental y se constituye en la mejor aliada del Estado para este fin; por ello, y para que ostente mayor legitimidad, en 1942 el Gobierno aprueba oficialmente los Estatutos del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza (RO n° 637, 8-X-1942).

Luego, como vimos antes, se suscriben algunos contratos entre la Misión Salesiana y el Gobierno nacional, por medio de las cuales se delega a la misión algunas responsabilidades.

Esta situación de debilidad estatal por un lado y de accionar desde épocas atrás de los misioneros por otro, determinó que el Estado responda a las demandas de la sociedad local y de los misioneros en particular, mediante la formulación de diver-

20 El periódico *La Frontera*, en diciembre de 2001, cita un texto de Marco Tulio Restrepo, *Estado, conflicto y actores en la Amazonía* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997).

sas leyes que nominaban y legitimaron una relación de la Misión con la sociedad microrregional y crean las condiciones para la producción del poder desde la Iglesia (*La Frontera*, diciembre de 2001).

Por primera ocasión hay una preocupación cierta de integrar la Amazonía, visibilizarla, posicionarla como parte integral del Estado. Los salesianos, aunque en su mayoría extranjeros, fueron sus fervientes aliados; al Gobierno le resultó cómodo delegar funciones y responsabilidades a una institución confiable por el trabajo que venía realizando y porque estaba presente en la región, en el día a día, junto a la gente. Aunque no faltaron detractores que miraron con celo estos llamados privilegios, resulta inimaginable pensar lo que hubiese pasado si la Misión Salesiana en esos momentos históricos no asumía estos desafíos. En este contexto, y sin duda debido a sus innegables influencias, en 1953 la provincia de Santiago Zamora se divide en dos, Morona Santiago y Zamora Chinchipe, definiéndose con sus límites también los límites de los vicariatos salesianos y franciscanos.



Fotografía 7

Taller de carpintería. Acompaña el Salesiano Victoriano Callejas. Misión de Cuchanza. Méndez-Morona Santiago, (cerca de 1966)

Fue innegable el poder que llegó a tener la misión salesiana en la provincia. Muchos maestros, algunos ya jubilados, recuerdan, por ejemplo, que la Procura Salesiana de Quito se constituía en un pequeño “Ministerio de Educación”, en donde se diseñaba todo el programa educativo de la provincia, ya que la enseñanza

fiscal casi no existía en esa época. Hasta los sueldos de los maestros se cobraba a través de la misión.

Recién el 4 de abril de 1943 por primera vez en la provincia se crea una escuela fiscal, la Eloy Alfaro de Macas. Es el proceso por el cual el Estado empieza a tomar a su cargo la educación, responsabilidad que hasta el momento ha dejado totalmente en manos de la misión salesiana, como necesaria suplencia (Guerriero y Creamer, 1997: 140).

Algunos hospitales cantonales como los de Gualaquiza, Limón, Méndez y Sucúa se construyen por intermedio de la misión y toman también el carácter de fisco-misionales; por muchos años las religiosas fueron sus administradoras, y aunque hasta ahora algunos de ellos continúan con ese carácter, la influencia administrativa misional es casi nula; me parece que en su afán de atender las demandas poblacionales se abarcó más de lo que sus posibilidades lo permitían.

Este privilegio durará hasta el advenimiento de la época petrolera en el Ecuador y, más precisamente, hasta la reinstalación del nuevo régimen democrático en 1978, cuando se produce una disminución del poder misional, ya que se empieza a mirar a la Amazonía con mayor objetividad desde el Gobierno central. Los cantones de Morona Santiago son para entonces: Macas como capital, Sucúa, Méndez, Limón Indanza y Gualaquiza, lugares en donde se había cimentado muy profundamente el trabajo de los salesianos. Llama profundamente la atención la forma en que el Estado se desentiende de los problemas básicos de una región en desarrollo y delega toda la responsabilidad a una congregación religiosa que se ve ungida con amplios poderes para “hacer y deshacer las cosas”, con aciertos y con errores, aunque en el balance final pesen más los primeros. El Estado, como siempre, se mantuvo un tanto al margen y distante de lo que hacían, confiando totalmente en ellos.

La colonia crecía en forma acelerada, al igual que la población Shuar, pues las guerras tribales habían desaparecido, así como las muertes por epidemias. Los colonos llegados desde la serranía ejercían una fuerte presión sobre las tierras de los shuar, a quienes se obligaba a abandonarlas e internarse hacia la selva, lo cual produjo incluso problemas con sus emparentados, los achuar (Santos, 1996: 248). Por esta razón, con buen criterio, a mediados del siglo XX, los salesianos empiezan a formar misiones especialmente dedicadas a los shuar en territorios de mayor población, para continuar con su obra evangelizadora atendiendo a sus particularidades culturales, acompañándoles en un trabajo de promoción social, educativa, organizativa y tomando una posición enérgica en defensa de su territorio.

Así, en 1943 se funda la Misión Salesiana de Sevilla Don Bosco, en 1945 la de Yaupi, en 1951 la de Bomboiza, en 1954 la de Chiguaza, en 1958 la de Taisha, en 1964 se establece la misión en Santiago y en 1970 en Miasal.

Junto a las cabeceras parroquiales se consolidan pequeños caseríos frecuentemente visitados por los salesianos, los mismos que se configuran bajo su dirección; las escuelas misionales costeadas por la misión han suplido por mucho tiempo la ausencia del Estado: los salesianos se constituyen en los protagonistas y actores fundamentales de la construcción de Morona Santiago. El obispo o el inspector de los salesianos, tenían un peso político trascendente y era el nexo entre la ciudadanía y el Estado en muchas obras, especialmente de tipo educativo, que se consiguieron gracias a sus gestiones, pero también con recursos que ellos mismos tramitaban, de allí que su sola presencia en los diferentes lugares traía muchas esperanzas para la población. Eso explica, además, el fervor con el que se los recibía y las muestras de afecto y gratitud que hoy vemos presentes en todos los pueblos en donde una calle, un parque o una escuela recuerda el nombre de algún misionero que dejó impregnadas sus huellas en la provincia.

La salud de la población, hasta que aparecieron los hospitales, se atiende en pequeños dispensarios que funcionan en la misión a cargo generalmente de las Hermanas Salesianas. Las primeras plantas de luz eléctrica se instalaron también en la misión con el apoyo de expertos hermanos coadjutores que, como dice el padre José Rivadeneira (+) “hacían grandes esfuerzos por hacer la vida un poco más llevadera” no solo para misioneros, sino para la población en general. Se crean espacios para un sano esparcimiento, los mayores recuerdan con nostalgia las películas que se proyectaban en los teatros misionales, las obras sociales y de teatro que marcaron una verdadera época hasta mediados de la década de los setenta.

Pío Jaramillo Alvarado, que entre 1923 y 1924 fue director general de Oriente, luego de recorrer la provincia, en su informe resalta “La eficacia de la labor misionera salesiana que ha suplido con grandes ventajas a la pobreza del presupuesto del Oriente, en lo que se refiere a la realización de obras públicas”.²¹

De esta época aún viven personas que fueron testigos de la manera en que los misioneros salesianos trabajaron para ganarse el afecto de la gente. El señor Luis Rivadeneira Polo nos cuenta:

Yo vivía a pocos pasos de la Misión, recuerdo que un día las campanas de la iglesia sonaron de imprevisto, cuando alcé la vista solo pude ver que las llamas consumían la iglesia y la Misión, el padre Vigna llegó llorando a nuestra casa y se desmayó, mi mamá lo atendió, al poco rato llegó mi padre trayendo el cuadro de la Purísima, ¡milagrosamente se había salvado del fuego!, lo cual animó al padre, al igual que las muestras de afecto y solidaridad de la gente que en forma inmediata comenzaron a levantar nuevamente la iglesia y la casa misional.

21 Informe al Gobierno, 1923-1924, Dirección General de Oriente (firmado por Pío Jaramillo Alvarado, p. 13-14.

Los salesianos dieron un giro de ciento ochenta grados en la vida cotidiana de Macas, supieron ganarse el afecto de la gente, no solo por el aspecto religioso sino porque ayudaron para su superación económica, enseñaron a trabajar, a producir, a vivir mejor, creo que un factor motivador fue el de haber revivido la fe y la devoción a la Purísima de Macas, una devoción histórica, latente en el corazón del macabeo, pero olvidada; fueron entonces los salesianos los que le dieron impulso hasta convertirla ahora en nuestro orgullo (entrevista).

Estas son algunas de las expresiones de agradecimiento y gratitud de don Simón Rivadeneira, uno de los tantos exalumnos formados con el espíritu de los salesianos:

Los salesianos en Morona Santiago han dejado huellas muy profundas que nadie puede desconocer; las semillas de la educación sembrada desde hace cien años ahora están dando sus frutos; fueron unos verdaderos apóstoles que entregaron hasta su vida por difundir el evangelio y velar por el progreso de la provincia. Hay gente que trata de desmerecer su obra, pero generalmente son gente que viene de afuera y que no conocen la realidad y el proceso histórico que hemos vivido; el Colegio Don Bosco, que fundaron en Macas en 1951, marcó un hito en la educación de la provincia. Durante muchos años fue el único referente de la cultura y de la formación provincial. Aquí se educaron cientos de jóvenes de todos los lugares de la provincia y de la Patria. No se diga la Emisora Voz del Upano, que con su programa de educación a distancia puso al alcance de la gente marginada y pobre de la provincia y de la patria la posibilidad de poder acceder a la educación desde sus propios lugares de residencia.

El Servicio Aéreo Misional es otra maravilla, solo a ellos se les pudo haber ocurrido esta feliz iniciativa para llevar la esperanza y la vida a tantas comunidades perdidas en la espesura de la selva amazónica (entrevista, enero de 2011).

Centenares de ciudadanos han sido formados en establecimientos salesianos, y muchos ostentan con orgullo su condición de exalumnos; recuerdan con afecto a sus maestros; su cristiana y humana formación se refleja en el trabajo honesto y responsable en los cargos de dirección y representación a ellos confiados.

8. Una misión diferente entre los Achuar

El 15 de marzo de 1959, el misionero salesiano, padre Luis Casiraghi (también lo había hecho el estudiante de teología Lino Rampón), “establecía el primer contacto con otras tribus no muy distintas a los shuar, pero más feroces y peligrosas, los achuar (Guerriero y Creamer, 1997: 234). El mismo misionero escribía en sus crónicas que:

Su corazón empezó pronto a vibrar fuertemente por este pueblo valiente y maravilloso, si bien en ese tiempo terrible por sus luchas tribales. Todos los grupos achuar estaban con el arma en la mano, al acercarnos, si no estaban los hombres, las mujeres y los niños huían, o los hombres empuñaban las armas y amenazaban con los ritmos guerreros del *atsanmatai*, discurso ritual de enemistad y rechazo, apuntando sus armas contra nosotros (en Guerriero y Creamer, 1997).



Fotografía 8

Niños de la escuela junto al padre Juan Bottasso.
Población de Logroño, año 1965

Para entonces el pueblo Achuar no estaba en contacto con la cultura occidental, aunque negociantes peruanos recorrían por su territorio, además de una débil y antigua presencia misionera de los dominicos desde Canelos; y claro, el misionero que desafía los peligros debió darse modos para ganar su confianza. Recuerdo que el padre Luis Casiraghi acostumbraba visitar periódicamente Gualaquiza, pues a su paso por esta misión hizo muchos amigos y también compadres además, la gente lo recordaba con afecto. En una de sus visitas trajo a un niño achuar de unos ocho años que despertaba curiosidad, ya que a su corta edad denotaba el carácter y la belicosidad de su raza. “Es mi último hijo”, bromeaba el padre y lo exhibía como un trofeo ganado en dura batalla, y creo que no le faltaba razón.

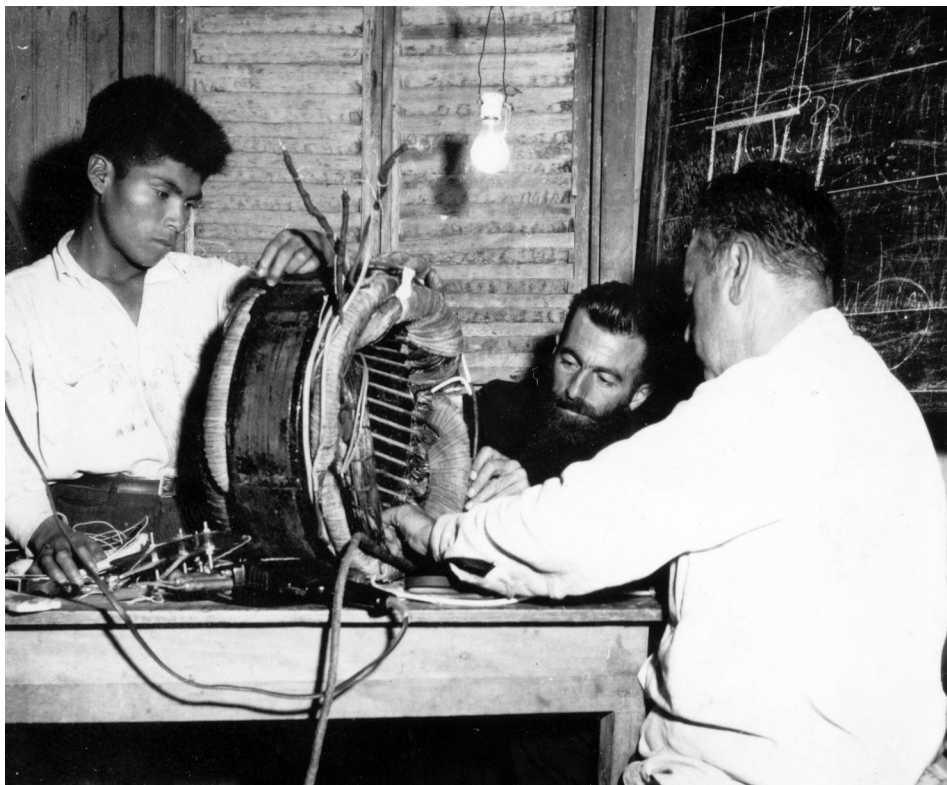
La misión entre los achuar fue un nuevo desafío para los salesianos. La mentalidad en la evangelización de los pueblos nativos a raíz del Concilio Ecuménico

y los estudios antropológicos realizados, así como dolorosas experiencias vividas en los primeros años de misión con los shuar, exigían una acción y una evangelización diferentes, como nos manifiesta Edith Molina, una misionera seglar que trabaja en Wasakentsa. De allí que se abandona inicialmente la idea de tener una misión con una estructura física definida. Entonces el misionero se convierte en un mensajero itinerante que vive con ellos y visita a los diferentes grupos, pero el éxito de su trabajo dependerá, ante todo, de que conozca su lengua y su cultura, y luego de su disposición para compartir con ellos su vida misma. Aparece entonces la figura de misioneros titánicos como el padre Luis Bolla, Domingo Bottasso, Silvio Broseghini, Telmo Carrera, Natale Pulici, decididos a llevar adelante un trabajo convenido con los superiores, que tenía los siguientes condicionamientos:

1. No tomar posesión de tierras, ya que estas pertenecen a los achuar.
2. No recibir ningún presupuesto del vicariato, dejándolo todo en manos de la Providencia.
3. Vivir entre los achuar según su estilo compatible con el Evangelio y la vida religiosa.
4. Tratar de iniciar la construcción, desde adentro, de la iglesia autóctona achuar (Guerriero y Creamer, 1997: 202).

Esta nueva experiencia la inicia el padre Bolla en Wichim, porque un jefe achuar llamado Mukuink le había ofrecido la entrada en septiembre de 1971; para ser más familiar su relación con el pueblo, el padre se dejó llamar “Yánkuam”. Estudios como los de Anne Cristine Taylor dan cuenta que entre los años cuarenta y sesenta los achuar estuvieron al borde del exterminio por las intensas guerras tribales; se dice que al menos un cincuenta por ciento de los varones adultos murieron a causa de estos enfrentamientos. La presencia de los misioneros calmó sus ánimos al punto que ahora ya no existen enfrentamiento. Edith Molina nos comenta que el padre Bolla, con grabadora en mano, persuadía a los achuar a que dejaran la guerra: grababa y después les hacía escuchar los compromisos de unos y otros, en donde aceptaban ya no volver a las matanzas.

La evangelización se inculca y enseña desde la tradición cultural indígena; se reproduce en lengua autóctona el evangelio; los ritos religiosos son vivencias tomadas y adaptadas a su cosmovisión. La idea es la de inculturar el evangelio y que ellos vayan encontrando a Dios dentro de su propia cultura. El padre Bolla descubre que al otro lado de los límites internacionales está la mayoría de la población Achuar; en 1983 toma entonces la decisión de dejar el Ecuador y pasa al Perú para continuar su misión; en doce años de trabajo deja a un pueblo en paz, en la ruta del desarrollo, pues él mismo introduce las primeras cabezas de ganado en la región; hay comunidades ya organizadas y una semilla de iglesia local que comienza a germinar.



Fotografía 9

Padre Adriano Barale, arreglando el motor de una avioneta.
Macas-Morona Santiago, (cerca de 1958)

El extenso territorio achuar hacía muy dificultosas las giras misioneras, de allí que en 1981 se estableciera como una nueva base la pequeña y recién construida comunidad de Wampuik, en donde luego se instalaría el padre Domingo Bottasso, quien permaneció allí por cinco años. Una experiencia que recuerda de ese tiempo es que un día recibió una invitación del síndico del centro para participar de una reunión, y allí le dijeron:

“–Padre: ¿para qué has venido aquí? ¡Si tú, has venido para hacer lo que tú quieres entonces nosotros no vamos a hacer lo que tú quieres, si has venido a hacer lo que nosotros queremos entonces sois bienvenido!”. La respuesta del padre fue: “Entonces veamos juntos lo que se puede hacer”. En verdad, nos comenta el padre,

nunca hubo una programación establecida, las cosas se fueron dando con el pasar del tiempo, nosotros en realidad no tratamos de imponer nada, sino el de adecuar nuestra Iglesia a su manera de ser y de pensar; la inculturación debe ser obra del propio

pueblo, que sean ellos mismos los que busquen lo más adecuado para ellos, nuestro trato es con respeto y de igual a igual, con lo cual se consigue alguna reciprocidad; no se han dado enfrentamientos ni rechazos, existe si se quiere un respeto mutuo. El estar cerca de ellos nos ha permitido conocer sus problemas y tal vez añadir un pensamiento a sus soluciones (entrevista, febrero de 2011).

El contacto con los shuar ya “culturizados”, el accionar político y organizacional de la Federación Shuar, la nuclearización en centros que permite construir pistas y escuelas, y sobre todo la necesidad de obtener productos manufacturados de la otra cultura, hacen que el achuar entre en contacto con la cultura occidental y empiece a sentir nuevas necesidades como la educación de sus hijos, por ejemplo. Las urgencias del desarrollo llegan también al pueblo Achuar; los avances de la cultura occidental los atrae y su influencia es inevitable. Lo importante es estar preparado para no dejarse absorber, y en este campo los salesianos han jugado un papel fundamental. Domingo Bottasso, al respecto dice: “el esfuerzo de años valió la pena, ya que el achuar estuvo preparado para el encuentro con la otra civilización, tuvo algunas herramientas que le permitieron que ese contacto no se vuelva traumático para ellos”.

Esta nueva Misión Salesiana entre los achuar, que no se pensó al inicio, que no ha sido impuesta sino más bien pedida y ayudada por ellos, la sienten como algo suyo, nos dice Edith Molina, y se hace, sobre todo, por la necesidad de educar a sus hijos. Fueron ellos mismos los que eligieron el lugar, trabajaron y están pendientes de lo que suceda. Nos comenta el señor Florencio Chuji rector del colegio de Wasakentsa:

Aquí estamos trabajando con gusto, conflictos ya no existen, el pueblo está contento y quieren mucho a los misioneros, pues contamos con su apoyo en la educación, salud, servicio aéreo, comercialización, emisora, se puede calificar su labor como excelente, pero la idea nació del pueblo Achuar que tomó la decisión en asamblea (entrevista, febrero de 2011).

En nuestra visita a esta alejada misión nos hemos podido dar cuenta del orgullo que ostentan los jóvenes achuar que se educan en el colegio y en una extensión de la Universidad Politécnica Salesiana, sin complejos de ninguna naturaleza y preparados para servir a su pueblo y a su región en lo social. Como dice Bottasso:

hay más unión en el pueblo, se han terminado la venganza y la guerra, hay un cambio de mentalidad y ellos se han convertido en actores de su propio destino, en lo religioso seguimos sembrando, algo ha de crecer, la iglesia entre los achuar se está iniciando, necesitan acompañamiento, queda aún mucho por hacer, aquí seguiremos hasta cuando ellos nos permitan (entrevista, febrero de 2011).



Fotografía 10

Pasando en gabarra por el río Bomboiza. Gualaquiza-Morona Santiago, julio 06 de 1974

Mientras la pequeña aeronave que nos conduce de regreso a la “civilización” devora los cientos de kilómetros de intrépida selva, continúo divagando sobre esta obra maravillosa que los salesianos desarrollan entre los achuar. En mi mente se dibuja la figura patriarcal del padre Domingo, y con él, la de todos los misioneros que dejaron su vida en la selva. No dejo de admirar su valor, su entrega generosa y su convicción de no abandonar la obra mientras sus destinatarios así lo permitan. Ahora entiendo con mayor claridad aquellas palabras del misionero Silvio Broseghini: “Estoy contento de los kilómetros que marché en la selva, de vivir una pobreza aceptada, no sufrida, se ha dejado una semilla, ahora el Señor lo hará crecer”.

9. Mirando hacia adelante

Hay un pasado heroico de trabajo fecundo, recuerdos gravados en el corazón de la gente, que reclaman una proyección hacia el futuro. La Misión Salesiana se ha ganado un buen nombre; su presencia ha sido una bendición y ha marcada un antes y un después en la provincia. Creemos que su acompañamiento siempre será positivo, corrigiendo los errores y caminando en los aciertos.

Monseñor Néstor Montesdeoca, actual obispo del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, manifiesta que el vicariato camina hacia la diócesis. Este es un anhelo y una necesidad que se ha postergado. Los salesianos dicen:

Nos han dejado una huella profunda de trabajo y de evangelización construido con grandes esfuerzos, en el camino han quedado derramados el sudor y las lágrimas de tantos misioneros a quienes rindo admiración y pleitesía, son los mártires del evangelio sobre los cuales se cimenta la nueva iglesia de Morona Santiago, que ahora se ve fortalecida por una iglesia local diocesana que toma la posta para que los salesianos continúen con su obra misionera en los pueblos donde aun no llega el mensaje de Dios (entrevista personal).



Fotografía 11

Niños colonos de la escuela de Kuchantza, cruzando el río Paute, por el puente de nombre "Guayaquil", obra del Coadjutor Salesiano Jacinto Pancheri. Méndez-Morona Santiago, (cerca de 1958)

El padre Marcelo Farfán, inspector de los salesianos en Ecuador, es firme en su convencimiento de que

los salesianos seguiremos en Morona Santiago fieles a nuestra vocación misionera, hemos entregado muchas parroquias de los centros cantonales para concentrar nuestros esfuerzos allá en las misiones de tras Cutucú entre los pueblos Shuar y Achuar. Ese es nuestro compromiso, no de ahora, sino desde que entramos al Vicariato, por ellos vinimos y hasta cuando nos den las fuerzas, seguiremos acompañándoles, ya que así fue el deseo de nuestro fundador, y nuestros hermanos están dispuestos a continuar ese camino, trazado por otros que nos precedieron.

Ángel Kayap Tsamaraint, un maestro achuar de Punpuentsa, con satisfacción manifiesta:

ahora los achuar vivimos como hermanos, ya nos hay guerras, nuestros hijos se educan en la Misión y todos estamos contentos. Para nosotros la Misión es un respaldo y ahora estamos mejor que antes, no vamos a dejar a los salesianos, antes al contrario estamos pidiendo nuevas misiones en Wampik y Pumpuentsa que son parroquias numerosas, todo el territorio Achuar es extenso (entrevista, marzo de 2011).

En los pocos años de presencia salesiana entre los achuar se han experimentado cambios importantes, pero queda aún mucho por hacer, pues se avizoran tiempos difíciles; por ejemplo, cuando grandes empresas invadan su territorio para explotar sus recursos, sin duda que el acompañamiento de los salesianos será muy importante para evitar su explotación y hasta su exterminio.

He allí un vasto campo de acción y de desafío que los salesianos están dispuestos a asumir sin dilaciones, pero para ello requieren de un respaldo logístico importante. En este aspecto, sin duda que el SAM (Servicio Aéreo Misional) cumple una labor extraordinaria: “Creo que hemos roto el récord de horas de vuelo en el Ecuador, apoyando a los misioneros y a la población nativa, aterrizamos en más de ciento veinte pistas, evacuamos alrededor de unos quinientos enfermos al mes”, nos cuenta el capitán Paúl Cruz, uno de los pilotos. Esta empresa, que nació con la visión legendaria del padre Barale y con el apoyo del capitán Engelman, no tiene precedentes en la historia de la aviación de la región y deberá seguir en su titánico esfuerzo de apoyar la obra evangelizadora y de promoción humana y social que realizan los salesianos en los confines de nuestra Amazonía.

Los salesianos, pioneros de grandes desafíos, deberán seguir contribuyendo con la provincia que nació y creció junto a ellos, pues aunque en muchos lugares ya no estén presentes, su espíritu sigue latente y sus recuerdos perduran. Que los pensamientos, relatos y análisis, brevemente expresados en el presente estudio, sirvan para perennizar su memoria y para que la historia reconozca el inigualable aporte que dieron y continúan dando para el engrandecimiento de este apartado rincón de nuestra Amazonía.